

**<<Yo [tampoco] soy marxista>>.  
Reflexiones teóricas en torno a la relación entre  
marxismo y arqueología**

**<<I'm not marxist>>.**

***Theoretical reflections on the marxism-archaeology relationship***

**Jorge ROLLAND CALVO**

Departamento de Prehistoria. Instituto de Historia (CSIC). C/Serrano, 13. 28001 Madrid.  
jrolland@ih.csic.es

Recibido: 20-12-2004  
Aceptado: 18-02-2005

**RESUMEN**

*El trabajo es el mediador fundamental de las relaciones sociales en el capitalismo, así como el terreno primordial de la dominación en ese modo de producción. La interpretación propuesta por el «materialismo histórico», según fue formulado por K. Kautsky con unas intenciones políticas muy concretas, convierte este enunciado, en nombre de Marx, en un axioma antropológico. Éste ha sido reproducido, con más o menos exactitud, en el terreno de la arqueología prehistórica. Ante un planteamiento político distinto, centrado en el carácter combativo de la investigación y en el antagonismo e historicidad de las relaciones sociales desde la prehistoria reciente, es posible plantear otra lectura de Marx y de su propuesta sobre la «determinación material» de las formas sociales.*

**PALABRAS CLAVE:** *Marx. Materialismo histórico. Esencialismo. Poder. Trabajo. Determinación material. Totalidad.*

**ABSTRACT**

*Labor is the essential mediator of social relations in capitalism, as well as the primordial ground of domination in that mode of production. The interpretation proposed by «historical materialism», as formulated by K. Kautsky with very specific political purposes, transforms this proposition, in the name of Marx, into an anthropological axiom. This has been reproduced, more or less exactly, in the field of prehistoric archaeology. Adopting a different political approach, focused in the combative character of research and in the antagonism and historicity of social relations since recent prehistory, we may address in a different way Marx and his proposal relating to a «material determination» of social forms.*

**KEY WORDS:** *Marx. Historical materialism. Essentialism. Power. Labor. Material determination. Totality.*

**SUMARIO** 1. Introducción. 2. Arqueología y marxismo: contextualización historiográfica. 3. Otra arqueología, otro marxismo. Arqueología agonista y antagonista. 4. Marx y las sociedades no capitalistas. 5. Conclusiones.

## 1. Introducción\*<sup>1</sup>

El interés de diferentes arqueólogos por Marx y su legado les ha comprometido, a lo largo del siglo XX, con la tarea de fundamentar científicamente algunas de sus propuestas sobre historia y prehistoria. En torno a éstas, encontramos variados tratamientos sobre las formas de producción que preceden al capitalismo, el origen del Estado, las clases sociales y la propiedad privada, la división social del trabajo y el comunismo primitivo. Estos tratamientos han perseguido, normalmente, que los resultados de la investigación arqueológica contribuyeran a un conocimiento de la realidad y sus regularidades para su transformación.

Ser arqueólogo marxista ha implicado asumir una teoría de la realidad histórica que otorga una causalidad preferente a las actividades económicas en la formación de las sociedades y de aspectos relacionados con la «cuestión del poder». Las actividades económicas se definen fundamentalmente con arreglo a la relación que el ser humano mantiene con la naturaleza para obtener sus bienes de subsistencia. A partir de esta relación, los seres humanos construyen las sociedades. Esta construcción está condicionada por dos aspectos: por un lado, por un desarrollo constante de las fuerzas productivas (sobre todo de los instrumentos de trabajo), que permite un aumento de la capacidad productiva del trabajo, y, por otro, por el choque o contradicción que aparece entre las oportunidades planteadas por ese desarrollo y las relaciones sociales de producción impuestas por la tradición y los grupos de interés. Estas relaciones de producción se definen por el tipo de vínculo entre los productores y el resultado de su trabajo, es decir, por relaciones de propiedad.

El arqueólogo marxista entiende que, a través del estudio de los testimonios de las actividades económicas (los instrumentos de trabajo, el medio físico u objeto de trabajo, los restos óseos como testimonio corpóreo de la fuerza de trabajo, los productos y los desechos), se puede explicar una sociedad concreta. Esto es posible porque esos testimonios constatan tanto un modo específico que tiene el ser humano de relacionarse con la naturaleza como la influencia particular de un desarrollo concreto de las fuerzas productivas y de la contradicción entre éstas y las relaciones de producción. Así, podemos decir que los objetos arqueológicos señalan un modo de producción particular. Como la sociedad está

determinada en su formación por el modo de producción, entonces los objetos arqueológicos, al constatar los aspectos que lo constituyen, permiten la explicación de la sociedad.

Estas ideas forman el núcleo de la teoría de la realidad, histórica y material, de la arqueología marxista. Son herederas de las propuestas de Marx y, sobre todo, de la tradición que nace en torno a su persona, el «marxismo» inspirado en la «concepción materialista de la historia» elaborada por Karl Kautsky en nombre de Marx. En este trabajo nos disponemos a plantear otra relación entre el marxismo y la arqueología, que permita entender la interpretación y práctica arqueológicas de un modo particular a través de una lectura no esencialista de Marx.

Según esta lectura, la arqueología marxista no debería significar la trasposición directa de las ideas de Marx (sobre el capitalismo y sus orígenes históricos) a las sociedades del pasado; si efectivamente significa eso, entonces no me considero arqueólogo marxista. En mi opinión, una arqueología marxista, es decir, coherente con las propuestas de Marx y su enfoque enunciativo, comprometida con el estudio de sociedades pre y no capitalistas, se debería definir del siguiente modo: como conjunto de prácticas que aspira, por un lado, a determinar las configuraciones históricamente específicas de relaciones de alteridad que producen una totalidad concreta en el pasado, a través del estudio del registro y la información arqueológicos, y, por otro, a que el conocimiento de esas configuraciones pueda ser empleado políticamente en el presente. Ambos aspectos constituyen los componentes fundamentales del enfoque enunciativo y la práctica investigadora de Marx, al menos en el libro primero de *El capital* (Marx 1999 [1867]). En este trabajo nos dedicamos a discutir el aspecto ontológico de una arqueología de sociedades no capitalistas coherente con Marx: la teoría de la realidad histórica. El componente militante de una práctica arqueológica de inspiración marxiana será abordado lateralmente, a la espera de un tratamiento específico, en aras de una mayor claridad expositiva.

La reivindicación del estudio de las configuraciones históricamente específicas de relaciones de alteridad es coherente con Marx, a la hora de estudiar historia, porque es en ese terreno en el que reside la idea de la «determinación material», que él mismo emplea para dar cuenta de la formación de las sociedades a lo largo de la historia. Ahora bien,

esto no conduce a extrapolar a otros períodos históricos el contenido históricamente específico de la determinación del capitalismo. De hecho, Marx realiza un «corte de alteridad» entre sociedades capitalistas y sociedades no capitalistas, con el objeto de señalar la especificidad histórica del capitalismo y de su superación por el comunismo.

Así, para el Marx de *El capital*, como para el de los *Grundrisse* (Marx 2001 [1939-41]), la determinación de las relaciones sociales por el trabajo se restringe al capitalismo. Simplificando al máximo, podemos decir que es una configuración particular de relaciones de alteridad, de corte fundamentalmente antagónico, que aparece históricamente a fines de la Edad Media, la que emplea diferentes actividades de transformación de la naturaleza como terreno esencial de dominación y reproducción sociales. Ello provoca que esas actividades aparezcan como la esencia humana que, adoptando formas particulares, explica nuestra experiencia histórica y las de todas las demás sociedades a lo largo de la historia. Sin embargo, Marx puntualiza que el propio concepto del «trabajo en general» es una construcción epistémica que impone el capitalismo (ver *infra*), un concepto que no puede emplearse mecánicamente para caracterizar cualquier sociedad, porque a la única que caracteriza es a la capitalista. Y, según su tesis, la caracteriza porque se ha convertido en una totalidad abstracta que esconde el «substrato material» o conjunto de relaciones de alteridad que establecen mediaciones históricamente específicas entre agentes sociales para la reproducción del antagonismo y las desigualdades. Es este substrato el que, en realidad, ha otorgado existencia histórica a la totalidad, es decir, a esa sociedad y a las categorías mediante las cuales la interpretamos, de lo que se deriva que el uso de la totalidad contemporánea (el trabajo) para dar cuenta de la formación de otras sociedades es polémico, porque en ellas falta la trama que ha creado históricamente esa totalidad. Obviar esto implica regresar a la ontología hegeliana, que concibe la historia como el desarrollo o reproducción transhistórica de un sujeto o esencia, como puede ser el trabajo, a través de la variación de sus formas, que son elementos añadidos a esa presencia ontológica inmutable y significativa en sí misma.

De este modo, entenderemos que, de cara a un análisis social y/o histórico, Marx reivindica siempre el estudio de esas relaciones específicas, porque son las que cualifican a las totalidades que sir-

ven como base para la caracterización (de la sociedad y de sus formas de dominación). En lugar de caracterizar una sociedad concreta, una realidad histórica *diferente*, mediante la reunificación ilusoria de las relaciones de alteridad que suponen las totalidades (reunificación que es originaria de *nuestras* realidades), la estudiaremos mediante la trama específica de relaciones de alteridad. De ahí que lo coherente con Marx es estudiar el trabajo desde el punto de vista de la sociedad, antes que la sociedad desde el punto de vista del trabajo.

Esta tesis no permite aún establecer cuáles son los determinantes de ciertos desarrollos históricos, como son los de la desigualdad social y el poder. Sólo un estudio histórico concreto podrá hacerlo. Subraya, sin embargo, que el punto de partida para ello no reside en la asunción incondicional de categorías antropológicas como el «trabajo», sino en su uso crítico y materialista, que rechaza la traslación de esencias a contextos que les son ajenos. Esto exige al arqueólogo marxista un replanteamiento inicialmente teórico de la relación discursiva entre Marx y las sociedades no capitalistas, que demuestre la necesidad de proseguir la crítica de la economía política en arqueología prehistórica. El estudio del registro arqueológico no va a permitir explicar las sociedades del pasado por el mero hecho de constatar una actividad esencial (el trabajo) y la influencia externa de una serie de procesos constituidos aparte de las relaciones sociales (el desarrollo inmanente de las fuerzas productivas). Por el contrario, el registro va a ser explicativo porque constata complejamente unas condiciones sociales que son las que, a su vez, explican históricamente la actividad esencial del trabajo, los desarrollos específicos de las fuerzas productivas y cualquier requisito para la reproducción de las desigualdades sociales.

Este artículo aborda en primera instancia las líneas por las que ha discurrido la interpretación arqueológica inspirada en Marx (punto 2). A continuación, en el punto 3, definimos la postura teórica desde la que leemos a Marx y que nos permite reivindicar una lectura no esencialista de sus propuestas. Este punto nos ayuda a desentrañar por qué se desarrolló y se ha mantenido una interpretación esencialista de Marx, con lo cual rechazamos ataques indiscriminados e intentamos centrar discursivamente nuestra propuesta, al subrayar las implicaciones político-prácticas que tienen unos enunciados u otros. En el punto 4 desarrollamos la lec-

tura que hacemos de Marx, donde se caracteriza y justifica, en el terreno de la teoría de la realidad histórica, la relación que proponemos entre el marxismo y la arqueología.

## 2. Arqueología y marxismo: contextualización historiográfica

El primer arqueólogo destacado que se interesó por los textos de Marx y el materialismo histórico fue V.G. Childe (1892-1957). Este autor se ocupó de los «orígenes de la civilización», es decir, de los procesos históricos que dan lugar a la formación y desarrollo de las clases sociales, los Estados y diversos conocimientos científicos, en torno a las Revoluciones Neolítica y Urbana en Próximo Oriente y Europa.

Para Childe (1971: 10, 1979: 93), la historia se explica por los modos en que los seres humanos se han organizado para proveerse de sus medios de subsistencia. Esta sería una enseñanza fundamental de Marx, que habría entendido la historia como una sucesión de «sistemas sociales de producción» (Childe 1965: 15, 17-8, 25). La historia muestra, pues, un patrón (Childe 1971: 14), que es la organización del trabajo, y un progreso, que subraya el control creciente que el ser humano logra sobre su medio a través de la «cultura», desarrollando las fuerzas productivas y ajustando las relaciones sociales y las instituciones y creencias colectivas a esos avances (Childe 1979: 94), fundamentalmente a través de etapas de revolución o parálisis (Childe 1971: 120ss). La historia señala, por tanto, un complejo proceso de evolución social (Childe 1963). Para Childe (1971: 14, 23, 114), esta evolución está más «autodeterminada» que teleológicamente dirigida, tal y como exigía Marx.

En Childe (1963: 23, 1965: 17-8, 1971: 117), la tecnología, como conjunto de instrumentos y conocimientos para la provisión de medios de subsistencia, es el terreno en el que acaece el cambio histórico (la tecnología como fuerzas productivas desarrolladas) y en el que puede señalarse la evolución (la tecnología como medio de adaptación). Para Childe (1963: 43, 1971: 25-28), la tecnología no satisface necesidades exclusivamente fisiológicas, sino también necesidades socialmente establecidas. Esto exige al arqueólogo comprometido con el materialismo dialéctico superar el estudio formal de las reliquias (Childe 1979: 95) y explorar

las condiciones sociales, las tradiciones y los conocimientos a partir de los que se incorporan las innovaciones en la sociedad (Childe 1963: 21, 1965: 28); para ello puede emplear el concepto de «cultura arqueológica», como conjunto de restos asociados recurrentemente que indica la acción de la cultura viva sobre el mundo material (Childe 1963: 40-3).

El núcleo argumental que explica, en las obras más explícitamente históricas de Childe (1963, 1965), las bases de poder para la formación de las clases sociales y del Estado gira en torno a la producción y acumulación de un «excedente social». Éste procede originariamente de un excedente agrario, que permite mantener a diversos grupos apartados de la producción primaria, sin que ello signifique una asimetría importante. El desarrollo de las clases privilegiadas procede, en cambio, de la «acumulación» de este excedente, sobre todo en torno a la institución del templo, lo que les proporciona a sus miembros una riqueza mediante la que consolidan la asimetría. El proceso de la civilización se encuentra guiado por la «división o especialización internacional del trabajo», que parte de una «especialización industrial» intercomunal, exigida por determinadas comunidades a ciertos grupos para la provisión de materias primas de las que ellas carecen, y que culmina con el «comercio internacional», que implica lo mismo pero en escala ampliada («difusión ondular») (Childe 1963: 93, 1965: 210). Esta organización del trabajo y de los intercambios establece un mercado internacional de materias primas que brinda un volumen enorme de riqueza material para la acumulación.

La *arqueología marxista anglosajona* que sucede a Childe no toma forma hasta los años setenta. Entre uno y otra median los momentos centrales de la Guerra Fría. A partir de los setenta, encontramos a diferentes autores que rechazan ciertos principios de la nueva arqueología y de la ecología cultural, como la perspectiva armoniosa de las sociedades, el sometimiento de cualquier aspecto social a los imperativos adaptativos y el positivismo; incluso denuncian la influencia que ejercen determinadas facciones en el seno del «bloque de poder», según el concepto de N. Poulantzas, sobre el desarrollo y financiación de los objetos de estudio, como hizo T. Patterson (1986). Ello es interpretado por A. Gilman (1989) como el nacimiento de una tradición de arqueólogos, en su mayor parte implícitamente marxistas o «materialistas», que emplean concep-

tos marxianos pero rechazan una práctica investigadora abiertamente militante.

El elemento ontológico central que aparece en los arqueólogos marxistas anglosajones es el de la lucha entre los agentes sociales como principio organizador de las sociedades; es decir, una perspectiva del conflicto frente a una perspectiva del consenso. En Ph. Kohl (1981: 108-11, 1984) el énfasis se sitúa en torno a la «actividad», entendida en un sentido político, con lo que defiende una compleja interacción entre los aspectos ideológicos y los económicos. Los sujetos históricos son entes activos, agentes que actúan, que toman decisiones, que tienen intereses y luchan por ellos. Kohl (1981) defiende al Marx materialista histórico del *18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852) y *La guerra civil en Francia* (1871).

Gilman (1989: 67-8), por su parte, caracteriza la posición marxista, en cuanto al origen y naturaleza de las sociedades clasistas y no clasistas y al tema de la ideología, como una perspectiva centrada en las tensiones y luchas que se producen entre los grupos y los agentes conscientes, sobre todo en torno a las relaciones sociales de producción. En sus estudios históricos sobre el sureste de la Península Ibérica, Gilman (1976, 1981) se centra en el uso parcial, militarista, destinado al aumento de poder, que ciertos grupos realizan respecto de la introducción de técnicas de intensificación de la producción, como el arado, el policultivo mediterráneo, la irrigación..., uso que es aceptado por la población para salvaguardar la inversión de trabajo que han realizado en ese desarrollo de las fuerzas productivas. Por otra parte, el núcleo del antagonismo de las sociedades clasistas de la Edad del Bronce reside en la enajenación de trabajo o apropiación, por parte de determinados grupos, de una parte de la producción de otros, sobre una base permanente y estable (tributos o rentas) que liga las formas de poder a aspectos controlables de la economía (la tierra) (Gilman 1987: 27, 33).

M.J. Rowlands (1982: 166, 172) también ha defendido la importancia de la política, siguiendo a A. Gramsci, como principio organizador de la totalidad social que gira en torno a las luchas entre agentes. Su defensa de Marx se traduce en el reconocimiento de su contribución al estudio de la historia, aunque ésta deba ser matizada a la luz del trabajo empírico que le sucede, y en el carácter históricamente específico del objeto de estudio que investigó (el capitalismo).

Patterson (2003: 99, 116) defiende asimismo la perspectiva del conflicto frente a la de la integración y entiende el proceso de formación de los Estados a tenor de la imagen de “represión en casa y conquista en el extranjero”. Como R. McGuire (1992: 117-9), Patterson (2003: 40-2) reivindica que, de acuerdo con Marx, los seres humanos hacen su propia historia, aunque en ocasiones se ven empujados por constricciones ajenas a su voluntad y heredadas del pasado.

La mayor parte de estos autores defiende la determinación material de las formas sociales. Así, Kohl (1981: 90) argumenta que la arqueología es materialista porque se ocupa de los restos de las actividades de transformación de la naturaleza en las sociedades pretéritas, que pasan a considerarse determinantes de la historia.

En Gilman (1989: 69, n. 10), la centralidad de estas actividades radica en que son lo único que constatan los objetos arqueológicos. Sin embargo, bajo una “perspectiva marxiana”, lo importante de los procesos sociales son las dinámicas internas y la organización social de la producción, lo que no excluye la defensa de una compleja mediación entre ideas y materia (Gilman 1976: 311).

Gledhill y Rowlands (1982: 145; Rowlands 1982: 168-9) reivindican que la «determinación material» esgrimida por Marx se refiere, en el terreno de las sociedades no capitalistas, a una compleja y dinámica vinculación entre procesos ideológicos, políticos y económicos (técnicos) para el control, por parte de los grupos de poder, del flujo de bienes y de la creciente tensión entre autonomización y centralización. El comportamiento de las fuerzas productivas debe ser entendido a la luz de esta noción de determinación material (Rowlands 1982: 167).

En cambio, la perspectiva de Patterson (2003: 23, n. 6 del cap. 1) otorga validez transhistórica a la imagen arquitectural (ferroviaria) de la base (raíles) y la superestructura (material rodante), que defiende la determinación de las formas sociales por la base. La aparición del Estado y de las clases sociales es explicada a tenor de la quiebra de un estado de comunismo primitivo y de la progresiva formalización de la economía, que sostiene, a través de una organización particular del trabajo, la desigual acumulación de los excedentes por parte de los diferentes grupos que forman la jerarquía (Patterson 2003: 99-100).

McGuire (1992: 91-2, 126), apoyándose en la dialéctica hegeliana, argumenta que la totalidad so-

cial es un todo fluido y dinámico, construido por relaciones que definen partes en contradicción; así, la relación entre lo material y lo mental es compleja y de unidad contradictoria. La cultura material, para McGuire (1992: 102-6), es resultado de la transformación de la materia por el trabajo social, lo que incluye tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción; además, es un elemento activo, porque no es sólo resultado y escenario, sino también medio para la acción, en consonancia con la «teoría de la doble estructuración», procedente de la teoría social (Giddens 1990) y también aplicada en arqueología desde posturas ajenas al marxismo (Barrett 2001; Dobres y Robb, eds. 2000).

El desarrollo del materialismo histórico en arqueología no se ha reducido al mundo anglosajón, aunque éste, a través de Childe, ha influido en la arqueología marxista de otras zonas. Entre los *arqueólogos de América Latina*, encontramos, desde los años cincuenta y, más aún, desde los sesenta, la reivindicación de una arqueología social, que rechaza el positivismo, vive una experiencia política común latinoamericana y se ve progresivamente influida por el materialismo histórico. Entre los años setenta y ochenta, esta arqueología bascula con mayor intensidad hacia el marxismo, en torno al Grupo de Oaxtepec (reuniones en 1984 y 1986), que acoge diversas tendencias (Bate 1998: 18-20).

L.G. Lumbreras (1984 [1974]) representa diáfana y, junto a J. Montané (1980), una de ellas. Lumbreras (1984) entiende que los elementos de la totalidad social están vinculados dialécticamente, de modo que la base o «ser social» y la superestructura se corresponden e interactúan. La tarea del arqueólogo no consiste únicamente en estudiar los objetos arqueológicos («arqueografía»), sino en «reconstruir la cultura (...), para enriquecer nuestra imagen del proceso social y conocer sus leyes»; esto constituye a la arqueología como una ciencia social (Lumbreras 1984: 26-7). La caracterización del modo de producción, como objeto de conocimiento, parte del estudio de la tecnología como representación o reflejo de la resolución de la contradicción entre los instrumentos y el objeto de trabajo («dialéctica interna de las fuerzas productivas»), es decir, de la capacidad de una sociedad para adaptarse, controlar el medio y ahorrar energía (Lumbreras 1984: 53, 64). Paralelamente, el estudio de la propiedad y sus formas permite conocer las trabas impuestas en cada situación al desarrollo de las

fuerzas productivas, pues analiza la relación (normalmente divergente) entre el ser humano y sus medios de producción con arreglo a una distribución particular (y desigual) de los resultados del trabajo; esta relación impide a la mayor parte de la población aprovechar al máximo los productos de su trabajo (Lumbreras 1984: 93, 124). En la investigación arqueológica, el arqueólogo se concentra en los contextos y las asociaciones de materiales, que permiten determinar cómo son distribuidos los resultados de la producción, lo que contribuye a la caracterización de la desigualdad social (Lumbreras 1984: 112-21).

L.F. Bate (1998) representa otra de las tendencias del grupo. Su elaboración está marcada por una crítica radical al positivismo, que le conduce a defender que los presupuestos metodológicos dependen de los ontológicos. Como éstos son los que establecen el nexo entre la realidad pretérita aparente (constatada en los datos) y nuestro presente, se hace necesaria la reflexión sobre la «cadena genética de la información arqueológica», en cuanto a la teoría sustantiva (teoría de la historia) y a las teorías mediadoras, que se ocupan de los procesos de formación, transformación y presentación de los contextos arqueológicos y de la producción y presentación de la información arqueológica (Bate 1998: 135-9 y fig. 3.1). A nosotros nos interesa concentrarnos en la teoría de la historia, que es la que corresponde explícitamente al materialismo histórico, aunque entendemos que, de cara a la práctica arqueológica, resulta fundamental abordar los contenidos de una teoría de la observación, pues permiten establecer las conexiones entre «los fenómenos empíricos observables y las regularidades que rigen la causalidad y estructura fundamentales de los procesos reales estudiados» (Bate 1998: 104-6).

Para Bate (1998: 76 y cap. 3), el materialismo histórico permite dar cuenta de la complejidad de la realidad social, fundamentalmente a partir de la descomposición de la categoría de «sociedad concreta», entendida como totalidad, en las categorías de «formación económico-social», «modo de vida» y «cultura». En la primera aparece, por un lado, una existencia objetiva, que es la del «ser social» y que describe las relaciones materiales establecidas entre los seres humanos para la reproducción social, y, por otro, una «conciencia» social e institucional, que es la de las «superestructuras». La formación social se ve determinada por la primera en la medida en que en el seno del modo de

producción se desarrollan las contradicciones fundamentales, en torno a la lucha entre fuerzas productivas y relaciones de producción (Bate 1998: 58, 103). No obstante, Bate (1998: 63, 65) reconoce que en la práctica del ser social intervienen complejamente las superestructuras, como la conciencia, la afectividad y, sobre todo, la institucionalidad, que es la que dicta normativamente la reproducción social, de modo que puede ser en su propio terreno (sobre todo en el del Estado) en el que se opere la lucha por la transformación social en las sociedades clasistas no capitalistas, en función, eso sí, de la posición que ocupen los agentes en las relaciones sociales de producción. Además, Bate (1998: 82, 87) defiende que los desarrollos de las fuerzas productivas, por ejemplo a propósito de la «revolución tribal», expresados en una magnitud, deben ser estudiados y explicados con arreglo a su correspondencia con las calidades fundamentales de la sociedad implicada (propuestas desde la teoría), lo que supone rechazar un evolucionismo unilineal que haga del crecimiento de las fuerzas productivas un desarrollo inmanente. Ello nos exige, en cada investigación histórica, dar cuenta del nivel fenoménico o de máxima singularidad (la cultura) y de su conexión con el de máxima generalidad (la formación económico-social) a través de la categoría de modo de vida.

La *arqueología marxista en España* está representada por diversos investigadores que se han dedicado, desde inicios de los años ochenta, a la reflexión teórica y el estudio histórico de diferentes problemáticas, sobre todo correspondientes a las Edades del Bronce y del Hierro. Entre ellos destacan los trabajos de F. Nocete (2001), A. Ruiz y M. Molinos (1993), F. Contreras (y otros, 1995) o J.M. Vicent (1991, 1998). Nosotros hemos decidido concentrarnos en esta ocasión, principalmente por problemas de tiempo y espacio, en los investigadores del antiguo Departament d'Historia de les Societats Pre-capitalistes y Antropologia Social de la Universidad Autònoma de Barcelona, que como grupo de investigación constituye una muestra coherente y explícita de arqueología marxista.

Los trabajos de este grupo muestran un rechazo contundente del positivismo, porque reivindican que el conocimiento de la realidad aparente y de sus regularidades se ve mediado siempre por una teoría, por una representación, que, además, debe articularse con una programación metodológica particular de contrastación para que se formalice

como teoría explicativa (Lull 1988: 68-71). La dialéctica o tensión entre los grupos y entre sus componentes es uno de los aspectos claves (Lull y Estévez 1986: 442). Por otro lado, se defiende, por ejemplo respecto a las prácticas funerarias, la importancia histórica y social de las «condiciones materiales», que expresan una capacidad económica (tecnológica) para un proceso de trabajo, es decir, un desarrollo particular de las fuerzas productivas, y unas relaciones sociales de producción determinadas (Lull 2000: 578-80). Las tumbas son «depósitos de trabajo social», cuyo significado debe entenderse en la esfera de la economía y su valor en el de la sociedad (Lull 2000: 578). Representan la existencia de grupos de interés en la medida en que en la sociedad implicada se da una relación particular y dialéctica entre producción (mundo de los vivos) y consumo (mundo de los muertos) (Lull y Estévez 1986: 442; Lull 2000: 579-80).

La formulación más precisa sobre la estructuración de las sociedades reside en su «teoría de las prácticas sociales» (Castro y otros 1996). Para estos autores, las prácticas sociales son acontecimientos que vinculan y constituyen a los componentes de las condiciones objetivas de la vida social (agentes sociales y condiciones materiales); son de tipo parental, económico y político. El estudio de estas prácticas permite dar cuenta de la «distancia social» entre agentes, inteligible en términos de «disimetría social» y «diferenciación sexual» (Castro y otros 1996: 35-6, n.1). Las prácticas socioparentales abarcan aquellas actividades que realizan hombres y mujeres, vinculados por lazos de consanguinidad o afinidad, para la producción y mantenimiento de la fuerza de trabajo, de modo que posibilitan la producción. Las prácticas socioeconómicas vinculan a los agentes con el mundo de los objetos para que la transformación de la materia permita la satisfacción de las necesidades mínimas de vida. Las prácticas sociopolíticas, en fin, establecen formas de cooperación o distancia entre las condiciones objetivas de la vida social, mediante acuerdos o imposiciones, e involucrando a los objetos materiales o no (Castro y otros 1996: 37, 38, 40).

La traducción de esta teoría al estudio de los objetos arqueológicos (sobre todo artefactos) exige entender que éstos tienen unas «formas de ser» y unas «maneras de estar» (Castro y otros 1996: 42). Las primeras son definidas por el «proceso de trabajo» y el conjunto de movimientos concretos o

técnicos a él asociado; como prácticas socioeconómicas, estos movimientos otorgan a sus resultados o valores de uso una función original y esencial destinada a satisfacer las exigencias mínimas de vida (Castro y otros 1996: 38, 42). Con motivo de diversas relaciones espaciales entre estos productos, esta función original es colonizada por otros tipos de prácticas, que les infunden un significado más social y, en ocasiones, ocultan a quienes han sido sus autores o han hecho posible su producción (Castro y otros 1996: 40, 42-3). En cualquier caso, los objetos arqueológicos representan la «materialidad social» o «gestión social de la materia», como manifestaciones físicas concernientes a las tres condiciones objetivas de la vida social (Castro y otros 1996: 42).

Como podrá entenderse, existen muchos más aspectos abordados por estos y otros arqueólogos marxistas que permitirían desarrollar la caracterización de su relación con el marxismo. Entre ellos se encuentra el tratamiento de los aspectos político-prácticos de la investigación. Los autores aquí estudiados reconocen, en general, la importancia de la ciencia histórica o arqueológica para conocer el pasado, denunciar la explotación en la historia y transformar el presente (Childe 1971: 9, 11, 115, 133; Montané 1980: 124, 128-9; Lumbres 1984: 31, 34, 166; Lull 1988: 68, 75; Gilman 1989: 71; Castro y otros 1996: 36; Bate 1998: 80). Sin embargo, debido a que muy pocos de ellos han dedicado, por razones que aún no hemos podido estudiar, publicaciones específicas sobre sus propias experiencias militantes, o si lo han hecho no han tendido a recogerlas en sus trabajos propiamente históricos, no ha sido formalizada extensamente la relación entre actividad investigadora y transformación social en los términos de la *praxis*, a propósito de prácticas concretas.

Algunos arqueólogos, como Lull (1991), han dejado constancia de la formación de un «discurso teórico de la resistencia», frente al de la «competición», en el marco de una lucha política asamblearia que persiguió, a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, una gestión horizontal del patrimonio y la promoción y subvención democráticas de programas de conservación, restauración e investigación arqueológicos en Cataluña. De hecho, hoy en día se prosigue la discusión sobre el papel político de los profesionales de la arqueología en algunos programas de doctorado, como es el del Departament d'Antropologia Social i Prehisto-

ria de la UAB. Además, el propio hecho de que algunos arqueólogos diluciden diferentes estructuras de poder que intervienen en la profesionalización de la arqueología, tanto en España (Díaz del Río 2000) como en Estados Unidos (Patterson 1999), por ejemplo, así como la relación de la arqueología con otros agentes y comunidades sociales (Patterson 1999: 167-9), supone una propuesta de debate para la aportación y ejecución de alternativas subversivas.

### 3. Otra arqueología, otro marxismo. Arqueología agonista y antagonista

Karl Marx (1818-1883) puede ser leído de muy diferentes maneras. Esta posibilidad se convierte en un resultado necesario en el momento en que reconocemos que a cualquier autor se le lee siempre desde una especificidad histórico-discursiva y desde unas motivaciones particulares. Se comienza por conocer una serie de textos (aspecto que no se cumple en todos los comentaristas), entendidos como configuración específica de enunciados, como verdad textual concreta, que en el caso de Marx girará aquí en torno al libro primero de *El capital*, y se desarrolla ese conocimiento *estratégicamente*. Esto supone que las lecturas difícilmente se agotan y que esas lecturas no descubren ninguna verdad esencial oculta en los textos de un autor. Con ello, simplemente se reconoce la historicidad de las lecturas y la importancia de asumir el nexo con el presente para que puedan ser empleadas materialmente.

Nosotros defendemos una lectura de Marx a la luz de un marco teórico concreto que nos disponemos a explicitar en este apartado. Como consecuencia de ese marco teórico planteamos otra relación entre el marxismo y la arqueología, ya que incluye principios ontológicos tanto sobre el primero como sobre la segunda. Su consecuencia principal es que el axioma histórico, proclamado en nombre de Marx, de la determinación económica de las formas sociales, en el que el trabajo juega un papel central en la estructuración de cualquier práctica y representación social y en el que la escisión entre producción y distribución tiene una validez antropológica para medir, respectivamente, los elementos permanentes y esenciales, por un lado, y los cambiantes o formales, por otro, se transforma radicalmente. La implicación política de esta perspectiva se resume en la búsqueda arqueológica de



los determinantes históricamente específicos de las formas sociales y las formas de poder, entendiendo que sólo sobre la base de la interacción dialéctica entre nosotros y este objeto de estudio podemos transformar las realidades contemporáneas en que vivimos.

El marco teórico aquí defendido para el estudio de las diversas propuestas sobre la relación entre marxismo y arqueología se articula en torno a dos puntos, que se definen tanto en sí mismos como recíprocamente. Por un lado, incorpora una ontología contraria al esencialismo y un objeto de estudio dedicado al poder en la historia, persiguiendo una teoría política de la historia que permita un cuestionamiento de la experiencia contemporánea del poder y la proposición y ejecución de formas no autoritarias de relación social. Por otro lado, este marco teórico entiende que una de las lecturas más comunes de Marx, la que convierte al trabajo en el determinante de la formación de las sociedades a lo largo de la historia, responde a un discurso específico, que puede ser estudiado en función de los contextos y las motivaciones en que se creó y desarrolló, y que puede ser rebatido desde otros planteamientos como el que aquí defendemos. Veamos ambos aspectos separadamente para abordar en el siguiente punto los contenidos de la lectura que proponemos (punto 4).

### 3.1. Arqueología agonista y antagonista

Como muchos otros arqueólogos, he decidido dirigir mi mirada retrospectiva hacia el estudio arqueológico de las bases y la naturaleza de cualquier forma de poder, autoridad y desigualdad social, especializándome en la prehistoria reciente porque considero que en ella aparecen los fundamentos de cualquier experiencia de poder (sociedades patriarcales, economías monetarias, tensión nomadismo-sedentarismo, producción excedentaria, oposición campo-ciudad...). El punto de partida y el objetivo final son de carácter reivindicativo. El conocimiento y la capacidad de reflexión permiten en nuestras sociedades la constitución de una actitud crítica frente a la colonización del individuo y los colectivos por el capital y sus mecanismos de alienación. El conocimiento de la historia en particular actúa como foco de memoria y reflexión para la resistencia frente a cualquier autoridad y la proposición de formas libertarias de relación social, porque nos recuerda la reiteración, renovada en cada caso, de las

experiencias de poder, explotación y violencia. Este conocimiento histórico no descubre una historia oculta de la explotación, sino que enfoca el estudio arqueológico *desde* una óptica libertaria para el cuestionamiento de cualquier forma de autoridad. Esto supone conectar políticamente el pasado a nuestras realidades (Chesneaux 1984).

Para construir un conocimiento histórico de esta clase es necesaria, en mi opinión, una elaboración teórica concreta, que desentrañe un nudo ontológico y otro epistemológico, porque ambos afectan a los contenidos que deben servir para el cuestionamiento de la experiencia contemporánea del poder. Por un lado, una arqueología combativa, agonista, preocupada por la conflictividad y el antagonismo de las relaciones sociales, defiende un conocimiento no esencialista del pasado, que aborda la *tensión entre alteridad e identidad*. Esto implica entender que la experiencia social y subjetiva del poder a lo largo de la historia responde a la *repetición renovada* de esa experiencia, a una tensión entre aspectos cambiantes o históricos y permanentes o antropológicos. El poder aparece particularmente en una sociedad porque es una trama de relaciones antagónicas la que lo exige. Sin embargo, ocurre que son numerosas sociedades las que demandan un antagonismo constante para su propia reproducción, más allá de sus particularidades, como sociedades jerárquicas. Existe, pues, una tensión que nos impide afirmar que la historia se pueda reducir a un combate entre opresores y oprimidos, y que, al mismo tiempo, rechaza que las experiencias del poder sean únicas. Se plantea, por tanto, la cuestión del poder en términos no esencialistas, reclamando estudios de los mecanismos y condiciones específicos que hacen aparecer en cada sociedad la desigualdad y el despotismo. Sólo así puede atacarse las bases específicas sobre las que se erige cada experiencia contemporánea del poder, proponiendo otras formas de relación social en función de las necesidades locales, del contexto global y del respeto al otro.

Por otro lado, se hace preciso el cuestionamiento de los modos de producción y distribución del conocimiento propuesto por los investigadores. Este cuestionamiento debe conducir a una programación de actuación concreta que permita la consecución del conocimiento histórico crítico que proponemos. El debate, la reflexión y la actuación deben ir dirigidos hacia dos puntos. Primeramente, hacia una profunda crítica epistemológica, que aborde la

compleja articulación entre discurso y realidades históricas y políticas, en el sentido de M. Foucault (1990, 2000). Esta crítica permite subrayar la especificidad de cada construcción epistémica, de sus categorías y de la posición de cada investigador, de manera que el conocimiento producido reflexiona sobre sí mismo y su propia historicidad e intencionalidad. Y, en segundo lugar, hacia el papel político del conocimiento histórico y de los investigadores en la sociedad. Esta discusión cuestiona el profesionalismo, que separa jerárquica y falazmente la profesión de la sociedad; el sistema de formación de estudiantes e investigadores, que dificulta la participación de los mismos en su ordenación académica, y el concepto de difusión del saber, que mercantiliza y reduce a una relación unidireccional el encuentro entre el conocimiento y los agentes sociales no académicos o no profesionales. Este cuestionamiento permite trazar vías horizontales y participativas para la producción y distribución de un conocimiento histórico crítico, en el sentido de Chesneaux (1984: 22, 26-7, 217-8) y Freire (2002).

Dada esta concepción de la práctica e investigación arqueológicas, al leer a Marx buscaremos en qué medida permite dar cuenta, mediante su perspectiva histórica, de la tensión entre alteridad e identidad y en qué sentido concibe la práctica del análisis social e histórico.

### 3.2. Marx y los marxistas

Paralelamente a este planteamiento general de la práctica arqueológica que defendemos, apreciamos que el modo en que diferentes autores se han relacionado con los textos de Marx y su figura, como activista y teórico del movimiento obrero, puede ser entendido en función de la oposición entre un planteamiento simplificador y esencialista, por un lado, y una práctica investigadora poliédrica y radical, centrada en la historicidad de las relaciones sociales y guiada por una postura coherentemente materialista, por otro. Esto es igualmente aplicable a las propuestas de numerosos arqueólogos a lo largo de la historia de la disciplina, en la medida en que han participado, como marxistas, en un discurso que supera su individualidad como autores originales.

Diferentes investigadores han defendido la oposición o divergencia entre Marx y los marxistas. Entre ellos, destaco a M. Postone (2003) y M. Galcerán (1997), aunque también he contado con F.

Fernández Buey (1999) y J. García López<sup>2</sup>. Considero que, en función del marco teórico que establecen todos ellos, se puede explicar el distanciamiento que el propio Marx cree necesario subrayar, respecto a la elaboración que al final de su vida ya comenzaba a configurarse en su nombre, cuando expresó que él mismo no se consideraba marxista.

El «marxismo tradicional» convierte al trabajo, como actividad esencial del ser humano, en el mediador y estructurador fundamental de las relaciones sociales a lo largo de toda la historia humana. Además, transforma en axioma del cambio histórico la contradicción entre fuerzas y relaciones productivas, en la medida en que defiende la existencia de un desarrollo immanente de las fuerzas productivas, destinado al ahorro de trabajo, y de un conflicto provocado por una distribución maléfica de los resultados de la producción, es decir, por unas relaciones de propiedad particulares. Estas relaciones son entendidas con arreglo al vínculo *externo* que mantienen los seres humanos con los resultados de su trabajo (relación entre seres y cosas), porque el propio proceso de su producción se considera evidente por sí mismo y ajeno al uso histórico que se hace de sus resultados, pese a que los marxistas lo sitúan en los encabezamientos de muchos de sus estudios históricos. A partir de este planteamiento, se entiende que la historia señala una serie de modos de producción que se suceden unos a otros como consecuencia de una “deducción científica necesaria”, conformando la tríada comunismo primitivo-sociedades clasistas-socialismo, cuyas leyes la arqueología, como disciplina comprometida con el «marxismo científico», descubre (Montané 1980: 55-6, 85; Lumbreras 1984: 27, 31).

Con ello, el marxismo ha caído alarmantemente en argumentos esencialistas, centrados en la oposición entre una producción natural, esencialmente buena, de valores de uso dirigidos a la satisfacción de necesidades naturales, y una distribución histórica, coyunturalmente corrompida, dictada por valores de cambio establecidos por grupos de interés en su propio beneficio que colonizan los paraísos de las esencias primigenias. Estos argumentos habían sido rechazados por el propio Marx a propósito de su crítica de la economía política y de los moralismos y simplificaciones de numerosos teóricos del movimiento obrero decimonónico, como P.J. Proudhon (1970, 1975), a la hora de determinar la naturaleza del valor (Marx 1987). Además, ni la linealidad que se deriva de la tríada, ni el valor que

se otorga a la historia como proceso cuyas leyes deben ser *descubiertas*, invitan, en ningún caso, a que la investigación suponga un medio de transformación activa de la realidad, porque la historia discurre por un camino prefijado, que sólo puede ser “conocido”, y ante el cual estamos predestinados. Lejos queda, pues, ese Marx de *El capital* que concibe la investigación como “práctica integralmente social”, que no sólo rechaza la especulación, sino que además vincula análisis de lo que hay con valoraciones (Fernández Buey 1999: 182-3). Ese Marx que relega la oposición fijista entre sujeto y objeto, y argumenta que la dilucidación de la verdad es un problema únicamente “resoluble en el ámbito de la praxis, de la actividad, pues es en ella, y sólo en ella, donde el hombre puede probar (no en el sentido lógico formal, sino como experimentación) la verdad de su pensamiento” (Fernández Buey 1999: 132).

Postone (2003: 69-71, 142, 170) entiende que la formación del marxismo responde a tres factores: la propia forma que tiene el trabajo de aparecer en el capitalismo, el contexto de desarrollo de los movimientos obreros en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, y la manera en que Marx plantea la crítica en *El capital*. Para este autor, el trabajo aparece en el capitalismo como el resultado del encuentro material entre el hombre y la naturaleza, con una entidad esencial al margen de su forma concreta; sólo Marx habría sabido o querido señalar este aspecto. Por otra parte, el contexto de desarrollo de los movimientos obreros de fines del siglo XIX exigió formulaciones claras para dotar a las luchas de una identidad definida con que presentarse políticamente, de modo que se simplificó extremadamente las propuestas marxianas. Por último, Marx plantea su crítica en *El capital* de un modo «inmanente», partiendo de la forma en que aparece la riqueza en el capitalismo (la forma mercancía) y llegando a las estructuras que la constituyen realmente (el capital); por algún motivo, los hacedores del marxismo tradicional obviaron este juego de apariencias y esencias en la propia exposición de Marx.

Galcerán (1997), por su parte, defiende que la “invención del marxismo” consistió en la elaboración de una doctrina que permitiera sobrevivir, tanto ideológica como política y físicamente, a una parte importante del movimiento obrero alemán y austriaco que se debatía entre el reformismo y el revolucionarismo, ante la ola represiva que repre-

sentó el período de la Ley de excepción (1878-90) impuesta por Bismarck para anular las luchas obreras. Karl Kautsky (1854-1938), intelectual, activista y periodista nacido en Praga, dedicado desde finales de los años 70 del siglo XIX a los escritos políticos, director y redactor desde 1883 hasta 1917 de *Die Neue Zeit* (*La nueva época*, Stuttgart), y apoyado por Engels desde 1885 para convertirse en ideólogo del ala radical de la socialdemocracia alemana, fue el hacedor principal de esta elaboración. Kautsky configura una “teoría no conflictiva de la revolución”, en nombre de los padres del socialismo, fundamentalmente Engels y Marx. Dada la disyuntiva a la que les sometía la situación, entre la integración y la destrucción, esta elaboración debía permitir la continuidad de la lucha obrera al tiempo que el aplacamiento de los elementos más radicales y desestabilizadores.

Así, hubo que huir del debate sobre la complejidad de la realidad y los medios para su transformación, lo que se logró axiomatizando diferentes propuestas y teorías marxianas y aceptando las reglas del juego que imponía el sistema de Bismarck. En un sentido positivista y simplificador, se proclama que la historia demuestra el carácter inevitable de la revolución, entendida no como objetivo político, sino como dato de la evolución, como destino de la humanidad que restituye la unidad esencial entre el trabajador y los resultados de su trabajo (monismo). Esta unidad había sido rota con la destrucción del comunismo originario y la sociedad mercantil simple, es decir, con el origen del capitalismo, y se mide en función de una simple oposición entre lo natural (bueno) y lo social (malo). De ello se desprende que la actividad política se debía reducir a la participación en las elecciones legislativas y a la lucha parlamentaria por una relación jurídica igualitaria entre trabajadores y patrones que restituyera a los primeros el valor íntegro de los resultados de su trabajo. Esta actividad política no se deriva del presente, sino de su inclusión en un pretendido desarrollo general que descubre el propio «materialismo histórico», como «concepción materialista de la historia elaborada por Karl Marx».

#### 4. Marx y las sociedades no capitalistas

La elaboración fundamental de *El capital* gira en torno a la caracterización del capitalismo como modo de producción históricamente constituido y

por tanto históricamente específico. Cualquier estudio histórico inspirado en los textos de Marx deberá plantear una clara oposición entre las sociedades capitalistas y las no capitalistas, pues a lo que se dedica, desde el comienzo, es a la caracterización categorial de un conjunto de sociedades humanas y a su delimitación histórica y espacial (las sociedades capitalistas, principalmente la inglesa) (Marx 1999: xiv). Así lo reconoce Postone (2003: 150) cuando afirma que “within the framework of Marx’s approach, [the abstract labor form of social domination] sufficiently differentiates capitalist society from all other existent forms of social life, so that, relative to the former, the latter can be seen as having common features –they can be regarded as «noncapitalist», however else they may differ from one another”.

Las sociedades «pre» capitalistas, a las que Marx se refiere mayoritariamente cuando apela a las formas sociales históricas no capitalistas, deberían entenderse estrictamente como aquellas sociedades tardomedievales europeas que presentan procesos y fenómenos que desembocan históricamente en la formación del capitalismo, como los sistemas de economía mundo nacidos de la expansión colonial de ultramar, o el desarrollo de la burguesía, la banca, el crédito, la usura, la bonificación de tierras y la manufactura. Este matiz aparece conceptualmente en Marx, aunque no siempre se halla formalizado en dos términos diferentes (precapitalismo y no capitalismo). Con él podemos defender el carácter no teleológico de la propuesta histórica de Marx, porque subraya la independencia de muchas sociedades (no capitalistas) respecto de las dinámicas del capitalismo y sus orígenes (precapitalismo).

#### 4.1. La caracterización por antónimos

Habiendo reivindicado una oposición fundamental entre las sociedades capitalistas y las no capitalistas, a partir del reconocimiento de la especificidad histórica del capitalismo, se plantea, en mi opinión, una «caracterización por antónimos» en los textos de Marx. La perspectiva histórica marxiana propone la existencia de otro tipo de sociedades *a partir del capitalismo*. Estas sociedades serán caracterizadas por cualquier aspecto menos por aquellos que definen y (en el planteamiento de Marx) singularizan a las capitalistas. Así, podríamos representar formalmente la oposición entre capitalismo y no capitalismo como  $A = \text{no}A$ , antes que como  $A = B$ .

Para Marx, la caracterización directa de las sociedades no capitalistas no es posible sino partiendo inicialmente de la categorización y análisis de las realidades y experiencias presentes. Su crítica es, en palabras de Postone (2003: p.e. 36-9), una «crítica inmanente», en la medida en que discute la relación entre la especificidad histórica y social desde la que construimos el conocimiento y nuestro objeto de conocimiento como realidad externa. Esto implica que las categorías con las que damos cuenta de la realidad social parten del presente y cuando las aplicamos al pasado deben ser deconstruidas o *historiadas*. Esto exige analizar todos sus componentes discursivos y plantear un opuesto que sirva como primer marco aproximativo a las dinámicas de las sociedades no capitalistas. Una arqueología pre y protohistórica de inspiración marxiana actuará como disciplina científica para la verificación o refutación de ese marco general, y para la historización de sus categorías de análisis.

Postone (2003: 125, 149-53, 163, 166, 171-2) ha propuesto que, en términos marxianos, a tenor de una caracterización antinómica, las sociedades no capitalistas deberían conceptualizarse del siguiente modo. En cuanto a la dominación social, en las sociedades no capitalistas encontraremos una *dominación explícitamente social y cualitativamente particular*. En cuanto a la mediación en la producción social, en las sociedades no capitalistas los resultados del trabajo se reparten mediante *relaciones sociales manifiestas* y por *criterios fundamentalmente cualitativos* (calidad y utilidad). El hecho de que los resultados se repartan mediante relaciones sociales explícitas implica que no es en una cualidad intrínseca a los productos en la que reside el criterio de reparto o intercambio, o si lo es, no lo será en el trabajo que contengan, porque no se valorará la objetivación del trabajo (como trabajo abstracto) en un producto. En cuanto a la forma de aparecer que tiene el trabajo, en las sociedades no capitalistas *parece* que las actividades productivas y sus resultados determinan las relaciones sociales. Los resultados del trabajo nunca son meros objetos, sino que están infundidos de significados (simbolismo) y de ese modo se asume que son ellos los que determinan la posición social, la definición étnica, etcétera, cuando en realidad son las relaciones sociales las que constituyen estos resultados del trabajo de un modo tan significativo. Esto indica, por tanto, que *el trabajo no constituye la sociedad en las sociedades no capitalistas, sino, al re-*

vés, se ve constituido por ellas, pese a las apariencias. En cuanto a la naturaleza de la acción, en fin, en las sociedades no capitalistas *las personas elaboran sus relaciones de un modo espontáneo y menos enfatizado que en las capitalistas*, lo que impide una distancia entre individuos y sociedad que conduzca a la reflexión social y, de algún modo, a la actividad crítica y política. Esto último es apoyado por otros autores ajenos al marxismo, cuando señalan que la distancia emocional con el mundo y un modo metafórico de relación con él aparecen en la medida en que aumenta la «complejidad social» (división de funciones y especialización socioeconómica), y lo hacen asociados al género masculino (Hernando 1999, 2002, 2003).

#### 4.2. Aspectos ontológicos, epistemológicos y metodológicos

Para Marx, según Galcerán (1997: 209), la totalidad es una forma abstracta de las relaciones de alteridad. En esta forma abstracta la alteridad desaparece, produciéndose una «reunificación ilusoria». Sin embargo, tanto la realización como la destrucción de las interrelaciones que integran la totalidad, así como la totalidad misma, se cumplen a través de esas mismas relaciones y no de la abstracción, como ocurre en Hegel. En esto consiste fundamentalmente la postura materialista de Marx.

Esta teoría de la realidad tiene una traducción gnoseológica particular, es decir, crea una teoría concreta sobre la relación entre realidad y conocimiento de la realidad. Tal y como ha observado Galcerán (1997: 209), a propósito de la polémica entre Marx y el economista C. Rodbertus, aquél rechaza “un estudio histórico de las diferentes formas históricas de una misma relación, por ejemplo del capital, pues da por supuesto que determinadas relaciones son específicas de una determinada formación social y el uso de las mismas palabras para relaciones distintas (...) permite averiguar muy poco sobre las relaciones reales que en ellas se denotan, más bien al revés, es un elemento fundamental de su encubrimiento”.

De este modo, el empleo de una categoría como «trabajo» para proclamar, en nombre de Marx, la determinación antropológica de las relaciones sociales históricas es, cuanto menos, polémica. La categoría empleada por el marxismo tradicional, el trabajo con mayúsculas, que entendemos como totalidad conceptual abstracta, da cuenta de ciertas

realidades en la medida en que se ve respaldada por relaciones concretas de alteridad, que son las que constituyen al capitalismo como modo de producción históricamente específico y permiten conceptualizarlo como tal. Sin embargo, en el momento en que estas relaciones concretas de alteridad faltan, sencillamente porque estudiamos *otros* modos de producción, la categoría de la que partimos, constituida específicamente en el capitalismo, no permite definir las relaciones concretas que pretendemos explicar, o lo permite exiguamente.

Como veremos en las siguientes páginas, esto exige entender que, en el momento en que nos desplazamos a otros momentos históricos, el objeto de conocimiento que perseguimos, por ejemplo la organización del trabajo en torno a la minería y metalurgia de la Edad del Bronce en Eurasia, no puede explicarse en función de una esencia o categoría pretendidamente neutral como “la organización del trabajo” y de la *forma* que adquiere. Es preciso entenderlo *históricamente*, es decir, teniendo en cuenta las relaciones concretas de alteridad que en realidad *dotan de existencia histórica* al objeto de conocimiento al que aludimos con *nuestras* categorías, y que existe *independientemente de nosotros*. Esto supone elaborar una teoría que medie entre nuestro presente y el objeto de conocimiento.

Esta es la elaboración exigida por una postura materialista inspirada en Marx, porque entendemos que la forma que adquiere una supuesta esencia, lejos de ser un mero envoltorio, reconstituye esa propia esencia, dando lugar a una realidad nueva que debe ser entendida en sí misma, históricamente, en función de las relaciones concretas que la crean. En la realidad se dan *relaciones de mediación* entre lo que podemos conceptualizar como formas y esencias, pero lo importante de éstas, de cara a un análisis y explicación de su existencia histórica, es la mediación, y no su existencia separada, pues es aquella la que las hace aparecer históricamente en la realidad pretérita. Por tanto, únicamente dando cuenta de esa mediación es como podemos explicar en nuestro presente su existencia histórica.

Si mantenemos el estudio de la organización del trabajo en sociedades no capitalistas, a través de la investigación tecnológica o de la división sexual de las actividades, es porque consideramos que describe una actividad perenne en los seres vivos que moviliza a toda o casi toda la población y porque se sirve de la materia para su desempeño, algo que nos interesa especialmente como arqueólogos.

Esto no otorga, sin embargo, ninguna causalidad preferente a las realidades estudiadas, al contrario de lo que asumen varios arqueólogos cuando se refieren al contenido de los textos de Marx (p.e. Shanks y Tilley 1987: 166). De hecho, como en Marx, lo que interesa en todo momento es la *cualificación* históricamente específica que, para el caso de las sociedades no capitalistas, realizan las relaciones sociales respecto de las estructuraciones y fenómenos analizados.

Estas ideas constatan la postura contraria al positivismo que caracteriza a Marx y que, con su insistencia en la necesidad de la elaboración teórica para lograr una mediación entre la realidad y el conocimiento de la realidad, le distancia del empirismo y la autocomplacencia del esquema kautskiano. Este es un aspecto crítico que han recogido magistralmente algunos arqueólogos, en cuanto a una «teoría de la representación» en arqueología (Lull 1988) o a la exploración de la «cadena genética de la información arqueológica» (Bate 1998), como hemos visto.

Un último aspecto ontológico marxiano permite rechazar las simplificaciones del materialismo histórico, al tiempo que subraya, junto al principio antipositivista referido, las consecuencias político-prácticas de la defensa de un Marx no esencialista.

En opinión de Galcerán (1997: 226-7), una de las grandes aportaciones de Marx y Engels radica en su comprensión de la sociedad (capitalista) desde el punto de vista de la reproducción global. El *Anti-Dühring* (1877), escrito por Engels con la colaboración de Marx, y la *Nota sobre Rodbertus*, incluida en aquél, demuestran cómo la eficacia, o la propia intervención histórica, de un aspecto general, como la extracción de rentas o el uso de la violencia, en una sociedad particular pasa por su inserción en la articulación específica de relaciones de alteridad o «substrato material» que constituye esa formación social concreta. Refiriéndonos a sociedades no capitalistas entenderemos, de un modo coherente con Marx y Engels, que el alcance de ciertos fenómenos o procesos deberá medirse en función de ese substrato material, que se conceptualizará necesariamente sin el elemento que lo hace aparecer concretamente en el capitalismo, a saber: la dinámica socioeconómica, que se debate en el terreno de la producción. Ello nos obliga a retener al menos el fondo del concepto de «determinación material» propuesto por estos autores, que es la articulación fundamental de relaciones de alteri-

dad, de tipo tanto económico, como social y político, en el sentido señalado por Gledhill y Rowlands (1982: 145). Así, podemos apreciar cómo la determinación material no se reduce ni en Engels ni en Marx a una fórmula aplicable mecánicamente a cualquier formación social como «determinación económica».

El cuestionamiento del positivismo y la defensa de una estructuración compleja de las prácticas sociales empujan a Marx a reivindicar en todo momento *el análisis de la realidad concreta*, paralelamente al activismo, *como medio para transformarla*. Con ello combate explícitamente el voluntarismo y moralismo de Lassalle, Bakunin o Proudhon, que se plantean en muchas ocasiones la existencia de la miseria (la «cuestión social») en términos esencialistas y eticistas<sup>3</sup>. Frente a ellos, Marx estudia los procesos y fenómenos en términos históricos, en función de los mecanismos concretos (económicos) que provocan la miseria (*en el capitalismo*), es decir, según las relaciones antagónicas entre capital y trabajo, su origen histórico y su dinámica tendencial. Esta clase de estudios son una condición clave para la transformación de realidades concretas, porque definen las condiciones en que se desarrollan. Lo mismo ocurre con el tema de la revolución y la llegada del socialismo, y el desarrollo de las fuerzas productivas (véase Galcerán 1997: caps. 4, 5, 6, 7). Con la repetición en Kautsky de aquello que critica precisamente Marx, comprobamos que el materialismo histórico no supo superar el nudo teórico que el propio Marx plantea en estas polémicas, con lo que aquél supuso un cambio de orientación del papel militante de la filosofía y la investigación de graves consecuencias políticas, como ha sido el rechazo de la revolución social como objetivo combativo.

### 4.3. Trabajo, capitalismo e historia

Como consecuencia de sus principios ontológicos y metodológicos, Marx afronta el estudio del capitalismo, como modo de producción históricamente constituido, buscando la articulación concreta de relaciones de alteridad que determina los mecanismos de explotación de la clase obrera. Es así como llega al ámbito de la producción y del trabajo. Nos interesa conocer qué señala específicamente sobre la mediación social característica del capitalismo (el trabajo abstracto), para subrayar la especificidad histórico-discursiva de la categoría

de trabajo y la dificultad de aplicarla a otros periodos históricos como determinante esencial de la estructuración de las prácticas sociales. Con ello planteamos la necesidad de entender *históricamente* los procesos y fenómenos, es decir, la configuración particular de relaciones de alteridad o substrato material que los crea. En ello consistiría el núcleo de la arqueología marxista que defendemos.

Apreciaremos cómo el «trabajo» es una totalidad conceptual abstracta, creada por una serie concreta de relaciones de alteridad, las relaciones sociales de producción capitalistas. Además, veremos que esta categoría supone una ocultación de la naturaleza de la dominación social capitalista, porque describe una pretendida realidad esencial (el trabajo con mayúsculas), frente a una existencia coyuntural (el trabajo capitalista), que es la que se supone que corrompe a la primera y establece la dominación social. Esto ocurre con otras categorías. Marx denuncia, así, la formación de binomios, que oponen una esencia a una forma, y rechaza el empleo de su componente esencial para caracterizar el capitalismo si no es acompañado de un estudio de las relaciones de alteridad que en realidad le dan existencia epistémica y ontológica. En ello se dirime el resultado de la lucha política, en la medida en que al señalar esas relaciones específicas atacamos la propia base de la experiencia contemporánea del poder, mientras que si entendemos que la lucha radica en la transformación de la forma del trabajo, el núcleo de su antagonismo queda sin cuestionar.

Nosotros concluiremos que el empleo del componente esencial de cada binomio tampoco sirve para caracterizar los mecanismos de explotación y desigualdad en sociedades no capitalistas, a menos que señalemos su especificidad histórico-discursiva (como categoría contemporánea y polémica) y planteemos su historización a partir de una arqueología no esencialista. Ello supone analizar, considerando las configuraciones específicas del registro arqueológico en todas las dimensiones posibles, la cualificación histórica que realizan las relaciones sociales de una formación o sistema de formaciones sociales concretas respecto de las actividades de producción. Son esas relaciones las que se reunen en una abstracción históricamente específica, resultando en una totalidad (conceptual y material) que vendría a representar el modo específico en que existe el trabajo en esa sociedad concreta. Así, podemos entender históricamente el tra-

bajo y, en definitiva, la forma en que el poder gestiona la materialidad, partiendo de que no es *en* las actividades productivas donde reside la riqueza sobre la que se desarrollan la desigualdad social y otros aspectos relacionados con la autoridad.

Marx argumenta que, ante la pérdida del control sobre las condiciones objetivas del trabajo en los momentos previos al capitalismo (véase Marx 1965, 1999: 480), los trabajadores sienten que los resultados de su actividad cobran una vida propia, como mercancías producidas para ser intercambiadas y para permitirles subsistir. Este «hechizo» aparece en el momento en que la mercancía es infundida de una cualidad que se emplea como criterio del intercambio, aparte de su utilidad: la cantidad de trabajo vivo (humano) materializado en ella. Esta cualidad, convertida en «valor» como «trabajo abstracto», representa lo que el empresario debe pagar al obrero por el tiempo que éste dedica al trabajo, con el objeto de permitir su reproducción física. El trabajo se objetiva, se fija, se imprime en la mercancía y es ésta la que aparentemente determina el criterio del intercambio entre el que emplea y el que es empleado, y posteriormente entre el comprador y el vendedor. A partir de unas condiciones históricas muy particulares, el contenido de que se dota a las mercancías va a permitir, además, al capitalista obtener un medio de adquirir beneficios (sobre *la base* del consumo de la «fuerza de trabajo» para crear más mercancías, del pago del equivalente del trabajo desplegado y de la reducción del valor para una movilización beneficiosa de las mercancías). Así, la relación social establecida entre los seres humanos que intervienen en esta clase de intercambios (trabajo asalariado y sistema mercantil) y que les conduce forzosamente a trabajar-para-otros-para-vivir, queda oculta, «cosificada» en la mercancía.

De este modo, el capitalismo produce la «dominación abstracta» (Postone 2003: 30), a través del «fetichismo de las mercancías» y de la cosificación de las relaciones sociales (Marx 1999: cap. 1, D, 4). Este tipo de dominación se asienta sobre el desencadenamiento de un juego de esencias y formas que ha caracterizado el discurso de la economía política clásica y de numerosos ideólogos del movimiento obrero a lo largo del siglo XIX, entre otros de Kautsky.

De acuerdo con este juego, el trabajo es una actividad esencial y perenne en la humanidad. Consiste en la inversión de energía y la realización de

diferentes movimientos particulares o técnicos, con el objeto de obtener valores de uso o «cosas» (mercancías) para la satisfacción de las necesidades básicas de subsistencia. En cada época encontramos una forma particular de trabajo, un modo específico de ganarse la vida. Sin embargo, lo que caracteriza cada forma es el uso particular que se hace de los resultados de ese trabajo. Este uso es explicado por un modo específico de distribución o cambio. El modo de distribución muestra la administración particular o histórica de un producto que es resultado evidente de una actividad esencial.

Esta perspectiva nos empuja a concebir que, en el capitalismo, la organización social está determinada por las relaciones de distribución. Son ellas las que añaden al resultado del trabajo un valor de cambio, que gira en torno a un equilibrio ideal entre los resultados de la producción (oferta) y el consumo (la demanda). De este modo, las relaciones de producción capitalistas, como modo específico que tiene el ser humano de subsistir en una época determinada, son explicadas a tenor de la relación *externa* que guardan entre sí las cosas o, como mucho, según la relación (de propiedad) que guardan los seres humanos con las cosas. Cualquier aspecto de la realidad responde a la administración particular de una esencia; ésta es evidente por sí misma y no requiere de una caracterización especial.

Con su crítica de la economía política, Marx denuncia globalmente en *El capital* que esta perspectiva se limita al nivel de las apariencias. Esta crítica tiene importantes consecuencias para la investigación histórica y la militancia.

En su opinión, esta perspectiva no denuncia cómo el antagonismo social se halla en el propio acto del trabajo, de modo que aquél queda ocultado. Las condiciones históricas, por ejemplo a propósito de la expropiación de tierras agrícolas en Irlanda para la explotación del ganado lanar (Marx 1999: 605), obligan a que el que se va a convertir en obrero se venda para sobrevivir, a cambio de un salario, establecido exclusiva y exactamente con arreglo al tiempo en que ha producido el equivalente de los medios que precisa para subsistir. No tiene más alternativas si quiere sobrevivir. El que luego será capitalista compra la mercancía que le ofrece el trabajador, la fuerza de trabajo, que posee la peregrina cualidad de ser fuente de valor al tiempo que es consumida (la fuerza de trabajo como creadora de bienes materiales que representan trabajo vivo).

Con ello, el empresario obtiene un volumen determinado de mercancías, que moviliza y por las que, ahora sí, exige un precio siguiendo los criterios del mercado (entre otros la oferta y la demanda); con un desarrollo particular y estratégico de las fuerzas productivas (la innovación tecnológica), que permite reducir ese tiempo de trabajo en que el obrero produce el equivalente de sus medios de subsistencia, el empresario logra un dinero extra que no necesita pagar al obrero (Marx 1999: 121-2). El capitalista explota esta situación hasta organizar todo lo que está a su alcance en función del mercado, empujando a la población (urbana y rural) a la asalarización (estructuración clasista), con o sin la ayuda del Estado. El núcleo del capitalismo no se encuentra, pues, para Marx, sólo en el uso de lo producido, sino en que el intercambio entre trabajador y patrono, en el momento mismo de la producción, exige una estructuración que constituye el antagonismo inherente al fenómeno de las clases (la necesidad del proletariado de venderse para vivir); esa estructuración se resume en el propio trabajo capitalista.

El capitalismo crea, por tanto, una noción de trabajo que se define en la realidad por estas relaciones antagónicas entre los seres humanos y no por una necesidad pretendidamente esencial, como es el trabajar para vivir. Es evidente que para vivir hay que trabajar, pero Marx comprende que no se trabaja en abstracto, sino históricamente, de manera que trabajar (en un momento y lugar específicos, en el capitalismo) significa trabajar-para-otros-para-vivir, y es ese matiz el que importa. No se trabaja en abstracto, a menos que consideremos que el trabajo es una actividad esencial que se puede desligar eternamente de un modo de distribución particular, argumentando que una cosa es lo que se produce concretamente y otra diferente el uso social que se hace de ello. Defender este esquema es precisamente a lo que nos empujan las mercancías como materializaciones de trabajo vivo. Para Marx, el propio acto del trabajo (como pretendida esencia) está constituido por los requisitos de reproducción de las desigualdades, en el capitalismo; su existencia, como totalidad conceptual y material, viene dada por la trama específica de relaciones que dicta el capital. La destrucción del capitalismo exige, así, para Marx, la destrucción del núcleo del antagonismo, y éste exige, por encima de cualquier moralismo, abordar la forma concreta en que existe realmente el antagonismo, que es el trabajo.



Como arqueólogos preocupados por cualquier forma de antagonismo en la historia, e inspirados en ciertas propuestas de Marx, buscaremos el núcleo que lo hace aparecer en otras formas históricas, para conocer las bases de cualquier forma de autoridad y realizar un planteamiento crítico de lucha libertaria. Ello exige, al igual que cuando nos enfrentamos al capitalismo, estudiar la cualificación históricamente específica de las relaciones que provocan el antagonismo en sociedades no capitalistas. Debido a la defensa antropológica que hacemos de la determinación histórica de las formas sociales (como articulaciones específicas de relaciones entre seres humanos) y debido a nuestro planteamiento antinómico, entendemos que el antagonismo en las sociedades no capitalistas no radica en el trabajo. Esto es preciso *demostrarlo*, analizando la cualificación social que se hace, en una sociedad no capitalista concreta, de las actividades productivas. Ello nos permite el análisis de la materialidad como terreno que utiliza y en el que se expresa el poder. Así, se nos abren las puertas al conocimiento de la articulación concreta de las relaciones que hacen posible el antagonismo, entendiendo la cualificación social e histórica que se realiza en las sociedades no capitalistas respecto de los valores y el trabajo en términos de poder y desigualdad, y no al revés.

El rechazo de Marx a analizar el trabajo, como terreno fundamental de dominación y estructuración social en el capitalismo, desde sus aspectos más esenciales, genéricos o ahistóricos (más “concretos”), puede hallarse en una serie de binomios que él mismo formaliza en *El capital*. Su argumentación fundamental reside en que el fenómeno general al que alude cada binomio, compuesto por la formalización de una esencia o elemento permanente y transhistórico y de una forma o elemento cambiante o histórico, sólo es inteligible desde una articulación específica de relaciones de alteridad o «substrato material», pues es éste el que en realidad hace aparecer históricamente ese fenómeno. Esto implica que, en Marx, la forma no es un mero envoltorio de una esencia, sino que la reconstituye como nuevo sujeto. Lo importante, en cualquier caso, son las mediaciones que aparecen históricamente, es decir, en un lugar y momento determinados, antes que la existencia previa o transhistórica de una esencia y una forma. Nosotros defendemos que, como arqueólogos, debemos retener este modo de analizar la realidad.

Descomponiendo los elementos internos de la mercancía, Marx (1999: 9-10) señala el «doble carácter del trabajo» en el capitalismo. Observa que las relaciones sociales de producción capitalistas conducen a que el trabajo se aparezca *como trabajo concreto y como trabajo abstracto*. El «trabajo concreto» o trabajo útil supone la movilización de energía, dirigida a un encuentro con la materialidad, para conseguir un fin determinado. Es este aspecto esencial el que es empleado mayoritariamente para caracterizar las actividades productivas en el capitalismo, mientras que el uso particular que se hace de sus *resultados* es el que se emplea para caracterizar las de distribución.

Frente a él, aparece el «trabajo abstracto», que es la abstracción, en forma de tiempo socialmente necesario para la producción de una mercancía particular, que permite la equiparación de diversos y privados trabajos concretos para el intercambio de mercancías. En mi opinión, este es el aspecto que, en Marx, explica el acto del trabajo en el capitalismo. La compulsión fisiológica de la satisfacción de las necesidades supone únicamente una contextualización muy genérica y del todo insuficiente; es evidente que para que una sociedad exista históricamente necesita subsistir y desarrollar actividades de provisión de medios de subsistencia. Lo que permite que los resultados del trabajo existan socialmente en el capitalismo es el hecho histórico de que encarnan trabajo abstracto; si no lo hubieran encarnado, no habrían sido producidos en la forma concreta, técnica en que lo fueron. Este es el dato relevante que permite una caracterización (explicación) histórica de un aspecto particular.

Lo mismo ocurre con la *división social del trabajo y la división social del trabajo capitalista*. La primera puede considerarse una división genérica, elaborada desde diferentes puntos de partida (Marx 1999: 9, 285-6). Sin embargo, no puede explicar el trabajo capitalista ni la división particular que presenta éste, precisamente porque falta lo específico. Marx (1999: 9-10) señala que la división social del trabajo en el capitalismo se constituye en el momento en que lo que teóricamente es una generalidad, es decir, los distintos trabajos útiles realizados independientemente los unos de los otros (división social del trabajo genérica), adopta una especificidad histórica, como es la realización de esos trabajos como “actividades privativas de otros tantos productores independientes”. Lo que cualifica realmente la división social del trabajo no es ni una

esencia ni la forma que adopta, sino el carácter antagónico de las relaciones sociales, es decir, una mediación históricamente específica entre agentes.

El binomio que refleja más claramente este punto es el que confronta *el proceso de trabajo con el proceso de valorización*. Marx (1999: 146, 248) subraya en diversas ocasiones la naturalización de las relaciones de explotación que implica enfocar el proceso productivo como proceso de trabajo útil y concreto («proceso de trabajo»), en lugar de hacerlo desde los aspectos históricos que en realidad hacen aparecer a ese proceso productivo como proceso de trabajo neutro («proceso de valorización»). En el primer caso, la producción se entiende en un sentido cualitativo, como un proceso dirigido a la satisfacción de necesidades evidentes a través de los valores de uso, en el que el obrero emplea unos medios de producción. En el segundo, la *misma* producción se entiende en un sentido histórico, como proceso dirigido, desde un punto de vista cuantitativo, a la creación de valor, en el que ya no es el obrero el que emplea los medios de producción, sino que son éstos los que lo emplean a él para “absorber trabajo ajeno”. Marx (1999: n.8 en p. 133, 425-6) concluye que en el análisis del capitalismo el elemento explicativo reside en la trama de relaciones históricamente constituida y no en una pretendida esencia o en los aspectos concretos o técnicos: “[E]l concepto del trabajo productivo no entraña simplemente una relación entre la actividad y el efecto útil de ésta, entre el obrero y el producto de su trabajo, sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción, que convierte al obrero en instrumento directo de valorización del capital”. De ahí el ejemplo que plantea (Marx 1999: 426) sobre el maestro que *existe*, que es productivo, es decir, socialmente relevante, no sólo por moldear la cabeza de los alumnos, sino porque además, y sobre todo, ese acto sirve para enriquecer al patrono. El trabajo productivo, el que existe socialmente, es el que sirve al proceso de valorización; no existe nada más allá y cualquier propuesta política que plantee otro tipo de mediación social deberá abordar la propia esencia de ese objeto de transformación, que es en realidad su existencia histórica.

El cuarto binomio marxiano aborda el tema de *la cooperación en el proceso de trabajo y la cooperación simple precapitalista*. El periodo de la cooperación simple en el precapitalismo, que precede al de la manufactura y la gran industria, no

puede ser caracterizado, para Marx, en función de una genérica cooperación en el proceso de trabajo y de la forma que adquiere, sino de las relaciones que se forman específicamente en el contexto bajo-medieval, que reconstituyen la propia esencia. Éstas dan como resultado un concepto específico de cooperación que debe ser entendido como tal, como esencia particular y no como forma histórica de una esencia transhistórica. Así, “la cooperación capitalista no se presenta *como una forma histórica especial de cooperación*, sino que ésta reviste *la forma peculiar del proceso capitalista de producción, forma específica que le caracteriza y le distingue*” (Marx 1999: 270).

El último binomio del que nos ocupamos aquí es el que plantea una oposición entre *trabajo excedente y plusvalía*. Para Marx (1999: 164, 180-2), el trabajo excedente es una esencia en todas aquellas sociedades en que una parte de la población posee el monopolio de los medios de producción. En estos tipos económicos de sociedad existe una oposición entre trabajo necesario y excedente, y el elemento que los distingue es la forma en que éste último le es arrancado a los productores directos. Sin embargo, de nuevo, esta *forma* debe ser explicada más que por la constante transhistórica o por una «base natural de la plusvalía», por los requisitos de reproducción que exige la trama de relaciones históricamente establecida por el capital. Así, Marx (1999: 182, 428) señala que la cualificación de la forma de explotación dominante capitalista, que la singulariza y la hace exclusiva de este modo de producción, radica en que “*del carácter mismo de la producción* brote un hambre insaciable de trabajo excedente”.

Como marco general para la interpretación de sociedades no capitalistas a partir de las propuestas de Marx, deberemos considerar que el trabajo en ellas tiene un carácter radicalmente distinto al que posee en el capitalismo, fundamentalmente porque las relaciones de alteridad que constituyen la totalidad histórica que supone la producción social en una formación no capitalista corresponden a otras ordenaciones. Como consecuencia de la antonimia que aparece en Marx, debemos esperar que en sociedades no capitalistas no sea en el trabajo donde resida el terreno de la dominación. En este sentido entendemos la defensa que realiza Marx (1999: 297-9) del predominio del criterio cualitativo frente al cuantitativo en las sociedades no capitalistas, pues en ellas los productos del trabajo no se en-

frentan en función de la cantidad de trabajo materializado en ellos. En un sentido similar al planteado por Rowlands (1982: 168), sugerimos que se busque en las sociedades no capitalistas un criterio de apreciación de la producción que, antes que residir en el beneficio y en la valorización, radique en la calidad y en las necesidades, que a su vez deben definirse históricamente y en función de los requerimientos de reproducción de las élites y de las bases de su riqueza. Estas serían las tareas de una arqueología de corte no esencialista y orientada por los textos de Marx. Suponen una historización de las categorías de trabajo y valor. Ante un planteamiento por antónimos, que establece un marco genérico a partir de lo que es exclusivo del capitalismo, la arqueología debe aportar un conocimiento positivo sobre los contenidos de los valores, orientado desde la teoría y con un programa metodológico claro, en el sentido de Lull (1988).

Una muestra de la incompatibilidad de un planteamiento determinista y esencialista con las propuestas de Marx es la que nos ofrece su tratamiento de los *instrumentos de trabajo*. Marx (1999: 132) apunta que “los vestigios de *instrumentos de trabajo* nos sirven para apreciar antiguas formaciones económicas de las sociedades ya sepultadas”. Ahora bien, lo importante de éstos es que nos sirven no sólo como “el barómetro indicador del desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre, sino también [como] el exponente de las condiciones sociales en que se trabaja”. Debemos asumir, en mi opinión, que si Marx señala esto es porque considera que las articulaciones específicas de los instrumentos de trabajo en una sociedad concreta se explican en función de esas condiciones sociales, y no de un designio trascendental de corte adaptativo. Por otra parte, el que indiquen un desarrollo de la capacidad productiva no nos empuja a finalizar el análisis de los instrumentos de trabajo en ese punto; se hace precisa una caracterización de la especificidad histórica de su ordenación.

En otros textos, Marx se ha referido asimismo a los problemas ontológicos y gnoseológicos que acabamos de estudiar. Así, en los *Grundrisse*, Marx (2001: 25-6) apunta que la categoría de “trabajo en general”, aportada por los economistas burgueses clásicos para dar cuenta de la “indiferencia frente a un género determinado de trabajo”, cobra sentido en una sociedad capitalista avanzada como la estadounidense, donde, por un lado, hay una enorme variedad de géneros de trabajo pero, por otro, todos

tienen en común ser el medio de vida y de enriquecimiento, independientemente de su particularidad, para obreros y patrones. Esta categoría permite dar cuenta de otras formas sociales históricas, porque la sociedad de la que procede es la forma más compleja y desarrollada de organización histórica de la producción, una sociedad que recoge (y da sentido a) los fragmentos que la preceden. Pese a que la articulación evolucionista de este enunciado puede ser discutida, es importante retener el matiz que Marx introduce a continuación, con el objeto de entender lo que argumenta a propósito de la validez de la categoría de trabajo para estudiar otras sociedades, que es lo que nos ocupa aquí<sup>4</sup>. Favorablemente para nuestra argumentación, Marx (2001: 26, la cursiva es mía) añade que “[l]a economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua, etc. Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad. Se puede comprender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta del suelo. Pero no hay por qué identificarlos”. Este último matiz indica que, aunque podemos estudiar diferentes formas de trabajo en la historia, éstas no pueden ser identificadas o reducidas a la variación aparente de un mismo sujeto; esto nos exige estudiar el alcance, en todas las dimensiones sociohistóricas, de la diferencia ontológica del trabajo en una sociedad y en otra. Este es el matiz que distancia a Marx de Hegel y permite entender que el interés del estudio de la organización del trabajo no reside en sí mismo, como esencia real y tangible en una sociedad no capitalista, sino como conjunto de prácticas que es cualificado históricamente por mediaciones específicas entre agentes<sup>5</sup>.

#### 4.4. Producción y distribución

Con su crítica de la economía política, Marx (1999: 128-9) denuncia el nivel externalista de las apariencias en el que los economistas deciden instalarse. Este nivel es el de la órbita de la circulación. Para Marx (1999: 40-1), “[l]as formas que convierten a los productos del trabajo en mercancías y que, como es natural, presuponen la circulación de éstas, poseen ya la firmeza de formas naturales de la vida social antes de que los hombres se esfuercen por explicarse, no el carácter histórico de estas formas, que consideran ya algo inmutable, sino su contenido”. Esta crítica no se circunscribe

únicamente a los autores de la economía política, sino que se extiende a diferentes socialistas, como demuestra, entre otras, la polémica en torno al Programa de Gotha (1875) del partido socialdemócrata alemán (Galcerán 1997: 68).

La diferencia entre considerar la sociedad capitalista y el trabajo asalariado desde el punto de vista de la órbita de la circulación simple o cambio de mercancías y hacerlo desde el punto de vista del proceso de la producción es enorme. Lo que desde la primera perspectiva son dos personas que contratan como hombres libres e iguales ante la ley, una vendiendo su fuerza de trabajo y otra comprándola, y cada una persiguiendo su propio interés y realizando el bien común, se convierte desde la segunda en un capitalista, “pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado”, y un obrero, “tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propia pelleja y sabe la suerte que le aguarda: que se la curtan” (Marx 1999: 129).

Dada la posición central que Marx atribuye a la producción y al trabajo para caracterizar las sociedades capitalistas, deberemos asumir, coherentemente con el planteamiento antinómico marxiano, que en las sociedades no capitalistas el ámbito de la producción no sólo no presentará una posición central en la estructuración de las prácticas y en la dominación social, sino que estará conceptualizado de una manera radicalmente diferente a como se halla en el capitalismo. Marx reivindica precisamente este planteamiento cuando analiza (1999: 48-55, 64-74) el proceso de circulación o «intercambio inmediato o directo de productos» frente a la «circulación simple de mercancías». Particularmente, Marx (1999: 51-2) se ocupa de definir los criterios que singularizan necesariamente a una sociedad dominada por el intercambio de mercancías, es decir, a una sociedad capitalista, destacando ante todo la «metamorfosis de las mercancías» a lo largo del ciclo de circulación M-D-M (mercancía, dinero, mercancía), continuamente repetido, en un proceso que “exuda constantemente dinero” (Marx 1999: 72).

Pese al planteamiento antinómico que defendemos en nombre de Marx, consideramos que no es disparatado reivindicar una mediación compleja entre la producción y la distribución en las sociedades no capitalistas, aunque entendamos que ambas esferas se formalizan en ellas de un modo distinto a como aparecen en las capitalistas, porque en las primeras no existe, en principio, el carácter so-

cial y objetivado, en forma de trabajo abstracto, que tiene el trabajo en las segundas. La compleja mediación exige entender, de un modo similar a como aparece en Marx, cómo la producción incorpora en su propio seno ciertos mandatos sociales o políticos para el recreo y reproducción del poder.

De lo contrario, caemos en un polémico esencialismo que establece una relación reduccionista entre producción y distribución, como denunció Marx (2001: 8-10) en los *Grundrisse* al referirse a la formación de “un silogismo con todas las reglas”, apoyado sobre una confusión entre orden lógico-teórico y orden real, por parte de los economistas burgueses. Esta relación esencialista convierte a la producción en la actividad (económica) que dota de un sentido esencial, puro, natural y ahistórico a los productos, que se entienden por parte del arqueólogo como resultado exclusivo y original del proceso de trabajo; la economía es reducida a una serie de movimientos técnicos destinados a la satisfacción de necesidades evidentes por sí mismas. La distribución, por su parte, se entiende como el conjunto de actividades que dota de existencia histórica o social (política) al producto; la existencia social es una mera cubrición de la esencia transhistórica, un campo de colonización que, de algún modo, sufrirá algún proceso de descolonización en pos de la liberación de la esencia corrompida.

En mi opinión, esta relación puede ser apreciada en el trabajo de Castro y otros (1996: 42), cuando escinden entre las formas de ser y las maneras de estar para estudiar los artefactos, o en el de Lull (2000: 578), cuando considera que el significado de los productos funerarios radica en la economía (en los procesos de trabajo como producción) y su valor en la sociedad (en los intercambios como distribución). Chocan frontalmente con las propuestas de Marx, sobre todo cuando discute con Lassalle y Rodbertus, pues aquél vincula el carácter social de la producción, así como todos los aspectos técnicos y concretos, teóricamente esenciales y construidos para la satisfacción de un designio trascendental, con el carácter antagónico del sistema capitalista de clases. De nuevo, es la trama concreta de relaciones de alteridad la que hace aparecer de un modo específico los dos elementos del binomio producción-distribución. El interés radicaré, precisamente, en caracterizar *históricamente* ambos elementos y su mediación específica. De este modo, cualquier experiencia de poder se puede desmontar en la medida en que no perseguimos restituir una

esencia (que en definitiva puede ser entendida de modos muy diversos, divergentes y hasta antagónicos), sino construir desde cada especificidad.

El asumir una perspectiva dicotómica sobre la producción y la distribución puede llegar a ocultar los mecanismos concretos e históricos por los que se desata un proceso de jerarquización y desigualdad. Tradicionalmente se ha entendido que la base de la «revolución urbana» residió en una administración particular de un excedente agrícola, convertido por determinados grupos sociales en un «excedente social», cuya producción original no se explica más que como medio para cubrir las necesidades de las sucesivas cosechas y el mantenimiento de un crecimiento demográfico inmanente, como ocurría en Childe (1963; 1965). La escisión entre producción y distribución conduce a otros autores, como Lumbresas (1984: 101-2), a defender que las clases sociales se forman con motivo de una distribución particular del resultado de la producción, sin comprender qué ha motivado específicamente una producción excedentaria, a no ser que nos limitemos a conceptualizar su causa como un «robo» (Proudhon 1970). Es esta concepción la que entiende que la historia se reduce a una pugna entre fuerzas productivas (producción) y relaciones productivas (distribución), en las que los objetivos políticos de los no propietarios se limitan a la búsqueda de un equilibrio entre los resultados de su producción y el consumo.

Por último, una arqueología comprometida con el estudio de sociedades no capitalistas exige la teorización y el análisis de los valores de los productos involucrados en los intercambios. Dado el énfasis que Marx (1999: p.e. 26) sitúa en el valor de uso y la calidad de los productos del trabajo en sociedades no capitalistas, salvo en aquellos casos en que la producción y el intercambio se refieren a metales preciosos, deberemos esperar que el valor de cambio resida no *en* la mercancía como tal (porque de hecho ésta no existe como síntesis de valor de uso y valor), ni en el tiempo de trabajo que pueda estar materializado en ella, sino en su utilidad y en sus aspectos concretos, por un lado, y en la construcción social que se realiza *en torno* a ella (Rowlands 1982: 168), por otro. Cuando abordamos el intercambio en sociedades no capitalistas debemos explorar los conceptos de riqueza y trabajo (necesario y excedente) que esconde, poniendo de relieve las especiales mediaciones entre producción, distribución, consumo y desecho. Esto nos ayuda a

enriquecer la distinción entre riqueza y riqueza material, fundamental en Marx, en la medida en que entendemos que el poder no se obtiene o reproduce exclusivamente por la acumulación de riqueza material, sino por lo que esa acumulación representa socialmente, por las relaciones sociales que cualifican esa acumulación como un acto socialmente significativo; de este modo, se nos abre el camino hacia la determinación de los valores en una sociedad no capitalista concreta.

#### 4.5. Contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción

El desarrollo inmanente de las fuerzas productivas, principalmente de los medios de trabajo a propósito del encuentro del ser humano con el objeto de trabajo a lo largo de la historia, es uno de los enunciados principales del materialismo histórico. Como ha señalado Postone (2003: 8-9, 22-4, 34-5, 164-5, 197-9, 351 y ss), el marxismo tradicional tiende a concebir este desarrollo como un proceso relativamente independiente de las relaciones de producción y otros procesos sociales. Consecuentemente, ese desarrollo se ve frenado por las relaciones de producción, entendidas en términos de relaciones de propiedad, como traba impuesta a causa del acaparamiento de los bienes materiales una vez son producidos. La lucha o revolución que persigue liberar el desarrollo inmanente de las fuerzas productivas en cada época histórica determina el cambio histórico. Esta pugna se denomina «lucha de clases».

De este modo, la historia se mide en términos del mayor o menor equilibrio entre fuerzas y relaciones productivas, determinado por el uso que se hace de los productos del trabajo, una vez son producidos por los nuevos instrumentos de trabajo. Así, como ha criticado Galcerán (1997: xiv), la historia puede analizarse en función de la tecnología, porque representa el entorno en el que el ser humano aborda su encuentro con la naturaleza, de manera que, a la luz de la acción militante, la lucha política queda reducida a buscar “una mera adecuación entre los requisitos de un buen funcionamiento económico y de una dinámica social racionalizada”.

Diferentes arqueólogos, entre los que se encuentra paradigmáticamente Lumbresas (1984: 56-8, 62-4), centran la labor de la arqueología, como disciplina histórica, en el estudio de la tecnología, entendida como síntesis de los conocimientos (cien-

tíficos) que el ser humano acumula a lo largo de la historia para controlar la naturaleza y aumentar la capacidad productiva del trabajo (maximización), sin que quede claro, en los términos de la sociedad estudiada, por qué habría que aumentar esa capacidad. Otros autores caracterizan los desarrollos específicos que tienen lugar *a partir* del crecimiento de las fuerzas productivas (Gilman 1976, 1981, 1984), pero *no explican* por qué se produce ese crecimiento si no es por un problema ambiental (desección en el caso del Sureste). Aunque el tratamiento que realiza Marx (1999: p.e. 428-31) sobre el tema de la influencia del medio sobre la productividad del trabajo en las sociedades no capitalistas es complejo, debemos prestar atención a las conclusiones que extrae (1999: 431) acerca de los cortadores de sagú del Asia oriental: lo que determina un cambio en la relación entre trabajo necesario y excedente (en definitiva en la capacidad productiva del trabajo) no son tanto las características de la naturaleza (medio pródigo), ni una tecnología específica, como las relaciones de producción, cuyas dinámicas están dictadas por sus propios mecanismos de reproducción o por las de otros (“coacción exterior”); entonces, las características ambientales y las fuerzas productivas son gestionadas desde una trama particular de relaciones de alteridad que hay que proponer explicativamente. Gilman (1991) se esforzó por aclarar que los desarrollos de las fuerzas productivas están dictados socialmente, con el fin de mitigar los riesgos que impone el modo doméstico de producción a los grupos humanos. Sin embargo, no quedan explicadas las dinámicas concretas que este modelo teórico asume para dar cuenta de un proceso acumulativo de corte transhistórico, como es el fallo creciente de las economías domésticas y la progresiva clausura de las redes de alianzas para la asistencia mutua.

El enunciado materialista histórico sobre la contradicción entre fuerzas y relaciones productivas convierte en axioma de la historia lo que en Marx es un proceso particular del capitalismo, como modo de producción históricamente específico. A tenor de la comprensión que hemos hecho del juego de esencias y formas que Marx propone a través de los binomios analizados, entendemos que las fuerzas productivas y las relaciones de producción se constituyen recíprocamente en el capitalismo. La descripción que Marx (1999: cap. V, punto 1) realiza de los elementos del proceso de trabajo, que incluye diferentes componentes de las fuerzas pro-

ductivas, alude a una dimensión esencial que, como él mismo indica (Marx 1999: n. 8 en 133, 425-6), no basta para caracterizar el capitalismo. Lo que a él le interesa no es el hecho de que esas esencias aparezcan a lo largo de toda la historia, sino la forma histórica que poseen, pues es esta forma la que explica su existencia concreta. Por eso Marx se centra en la mutua constitución de fuerzas y relaciones productivas, así como de los procesos que desatan, en el seno del modo de producción capitalista.

Así, Marx (1999: 406-8) afirma que “[l]a moderna industria no considera ni trata jamás como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Su base técnica es, por tanto, revolucionaria, a diferencia de los sistemas anteriores de producción, cuya base técnica era esencialmente conservadora”. Marx (1999: 252) estudia el mandato específico del capital, que exige, a partir de la gran industria, el aumento de la plusvalía relativa, entendida como el trabajo no pagado que consigue el capitalista a base de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario en que el trabajador produce el equivalente de los medios de reproducción de su fuerza de trabajo. El medio fundamental para reducir ese tiempo de trabajo es el desarrollo estratégico, en determinadas ramas de la producción, de la capacidad productiva del trabajo a través de la innovación tecnológica. Como consecuencia de este esquema, deberemos asumir, en principio, que en las sociedades no capitalistas los desarrollos tecnológicos que aparezcan deben ser caracterizados a la luz de una mediación particular con las relaciones de producción. Es así como de hecho Postone (2003: 210-3) entiende la introducción del reloj mecánico, en las sociedades precapitalistas, como representante del «tiempo abstracto», nuevo medio de *relación social*. Esto implica rechazar los esquemas esencialistas y teleológicos que conciben el desarrollo de las fuerzas productivas inmanente y tecnológicamente.

En cualquier caso, cuando Marx se refiere a que la contradicción entre ciertos elementos de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción conduce a un cambio histórico radical se está refiriendo a *las condiciones de posibilidad que ofrece el capitalismo*. Marx estudia las dinámicas que crea específicamente el modo de producción capitalista. Es el modo de producción el que cualifica el desarrollo necesario, no un mandato meta-social. En ello reside precisamente la necesidad de construir piedra a piedra la revolución y la socie-

dad comunista, pues ninguna de estas dos es evidente por sí misma.

#### 4. Conclusiones

La propuesta marxiana sobre la determinación material de las formas sociales, entendida como trama de relaciones de alteridad constituida históricamente y unificada en cada caso en forma de totalidades, pone de relieve la existencia de un juego de esencias y formas en el análisis histórico. Este juego, al que se une la insistencia en una oposición fundamental entre sociedades capitalistas y no capitalistas para subrayar la especificidad histórica de la lucha comunista, exige buscar esa determinación en cada estudio histórico concreto a través de la historización de las categorías de análisis para descubrir la cualificación históricamente específica que realizan las relaciones sociales respecto de lo que se acaba constituyendo, ontológica y epistémicamente, como totalidades.

Así, el trabajo, como conjunto de actividades y relaciones entre los seres humanos para la transformación de la naturaleza con el objeto de satisfacer diversas necesidades (tanto fisiológicas como sociales), debe ser caracterizado históricamente. Ello nos permite, en los análisis arqueológicos, entender cómo se gestiona la materialidad transformada para la reproducción de asimetrías en una sociedad concreta. Partiendo de un enfoque antinómico, fundamentalmente negativo o negador, asumiremos que en las sociedades no capitalistas el trabajo no imprime en sus resultados esa cualidad misteriosa

a la que se refiere Marx, que es el trabajo vivo del proletario. De ese modo, entendemos que los valores de los productos y la riqueza material, así como la propia producción y la ejecución de diversos movimientos técnicos para la confección de artefactos, se ven subordinados a los requisitos de reproducción social demandados por ciertos grupos sociales, a través de la constitución y el control de diversas interacciones a propósito de flujos de materiales y productos.

Con ello, intentamos recuperar el rechazo marxiano a la ontología hegeliana, que se ve reproducida en la medida en que, por un lado, obviamos las relaciones específicamente constituidas que se agrupan en totalidades y, por otro, sometemos cualquier desarrollo social a la realización de una esencia o un destino, como puede ser la adaptación entendida como búsqueda de ahorro de trabajo a partir de un desarrollo inmanente de las fuerzas productivas o la restitución de una esencia *buena* que ha sido corrompida por un uso *maléfico*.

El propio Marx apreció la necesidad de defender la autonomía política, entendida como respeto a las diferencias, al tiempo que proclamaba la unión de los hermanos proletarios, en los años que siguieron a la Asociación Internacional de los Trabajadores, entre 1864 y 1872 (Fernández Buey 1999: 206). Estaba sugiriendo que la acción revolucionaria debía partir de cada problemática particular y que, para ello, era preciso relacionar todo con todo, a partir del reconocimiento de la autonomía de cada elemento de la relación y de la oportunidad dinámica que ofrecía cada mediación en un momento y en un lugar concretos.

## NOTAS

\* Este artículo resume las tesis principales defendidas por el autor en su trabajo de doctorado *Economía política y prehistoria. Dificultades y posibilidades teóricas de un estudio marxista sobre el origen del poder, la desigualdad y la dominación social*, dirigido por la profesora Almudena Hernando Gonzalo y leído el día 10 de septiembre de 2004 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense. El autor quisiera expresar su agradecimiento a los profesores Gonzalo Ruiz Zapatero, Víctor M. Fernández y Alfredo Jimeno Martínez, por su devoción pedagógica y el apoyo y reconocimiento a su trabajo, así como a Maribel Martínez Navarrete por sus indicaciones acerca de este texto. Asimismo, deseaba dejar constancia de su profunda satisfacción por haber trabajado con A. Hernando, comprometida, sincera y alentadora.

1. Este trabajo está dedicado a Fernando Santos Fontenla y Juan Cascajero Garcés, con quienes aprendí mucho mientras coincidimos en esta vida. A ellos, más allá de la victoria, siempre.

2. Este autor planteó parte de sus tesis en el marco de su participación en el proyecto “Theoria: Proyecto Crítico de Ciencias Sociales” del Departamento de Sociología V de la Universidad Complutense, que organizó, durante el curso 2002-03, junto con la Fundación de Investigaciones Marxistas, el título propio de la UCM “Materialismo Histórico y Teoría Crítica”, dirigido por el profesor Román Reyes, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, al que acudió Jorge Rolland. Las intervenciones de J. García López fueron “Introducción. La cuestión de las lecturas de Marx” (18.10.02), “Proudhon/Marx. La miseria de la Filosofía” (29.11.02) y “¿Cómo deshacernos de una vez del «marxismo»?” (31.1.03). Esta última ponencia puede ser recuperada desde <http://www.ucm.es/info/eurotheo/materiales/hismat/index.html>

3. Galcerán (1997: 142-3) señala cómo, para Lassalle, unos pocos privilegiados disfrutaban del trabajo de otros muchos bajo el amparo de un derecho heredado como único criterio de legitimidad, ante lo cual plantea eliminar tal derecho a través de las «asociaciones productivas». Asimismo, comenta cómo, en la redacción de la I Internacional, Marx y Engels defienden que la pobreza es la condición necesaria de la riqueza de las clases explotadoras [estudian, por tanto, su *función* en el sentido de Friedman 1974] y no el índice de un desequilibrio entre producción y consumo. La revolución no es para ellos, por tanto, un deber, sino sobre todo una posibilidad derivada de unas relaciones sociales históricamente específicas, no de una legitimidad o de un ideal de justicia (Galcerán 1997: 144-5, 203-4). Para Proudhon (1975: 121, 123), la miseria es resultado de la existencia de intercambios desiguales, no proporcionales, en nuestras sociedades, y sólo puede solucionarse en la medida en que se determine el valor de los productos y se le pague íntegramente al productor, de acuerdo con la ley “todo producto vale lo que cuesta producirlo [particularmente]”.

4. El elemento constitutivo fundamental del significado de cualquier texto es, junto a su inclusión en la formación discursiva en la que es creado, el enfoque enunciativo. Éste indica un conjunto complejo de intenciones y la orientación con los que el autor aborda la práctica de la elaboración y ejecución de la redacción del texto. Aunque (o precisamente porque) Marx centró su actividad investigadora, fundamentalmente después de 1848, en el análisis científico y empírico de la realidad, la motivación era fundamentalmente agonista y antagonista. Esta motivación es, pues, un elemento constitutivo que no puede ser obviado. Así, aunque la crítica pueda derivarse hacia los problemas de etnocentrismo que plantea su elaboración, debemos tener en cuenta que el evolucionismo de Marx, que entiende el capitalismo como la forma histórica más desarrollada, pretende erigir la sociedad comunista desde puntos de partida similares, con el fin de que provoque una transformación absoluta. Esta reivindicación exige entender la sociedad capitalista como resultado de diversas transformaciones, pero lo importante es que, de acuerdo con su oposición a Hegel, no identifica cada una de las sociedades en que se operan esas transformaciones, ni busca en cada una un sujeto que se desarrolla teleológicamente *para* formar el capitalismo y, posteriormente, el comunismo.

5. Marx (2001: 26) finaliza del siguiente modo: “Este ejemplo del trabajo [como trabajo en general] muestra de una manera muy clara cómo incluso las categorías más abstractas, a pesar de su validez –precisamente debida a su naturaleza abstracta [expresa una relación antiquísima y válida]– para todas las épocas, son no obstante, en lo que hay de determinado en esta abstracción, el producto de condiciones históricas y poseen plena validez sólo para estas condiciones y dentro de sus límites”. Un poco antes, Marx (2001: 8) ha señalado que “[p]ara resumir: todos los estadios de la producción tienen caracteres comunes que el pensamiento fija como determinaciones generales, pero las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún nivel histórico concreto de la producción”.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARRETT, J.C. (2001): Agency, the duality of structure, and the problem of the archaeological record. *Archaeological theory today* (I. Hodder, ed.), Blackwell Publishers Ltd. y Polity Press, Malden, MA: 141-161.
- BATE, L.F. (1998): *El proceso de investigación en arqueología*. Crítica, Barcelona.
- CASTRO, P.V. Y OTROS (1996): Teoría de las prácticas sociales. *Complutum Extra*, 6 (II): 35-48.
- CHESNEAUX, J. (1984): *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*. Siglo XXI, Madrid.
- CHILDE, V.G. (1963): *Social Evolution*. C.A. Watts & Co. Ltd., Londres. Hay traducción al castellano: *Evolución social*. Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- CHILDE, V.G. (1965): *Los orígenes de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.
- CHILDE, V.G. (1971): *Teoría de la historia*. La Pléyade, Buenos Aires.
- CHILDE, V.G. (1979 [1949, inédito]): Prehistory and marxism. *Antiquity*, LIII: 93-5.
- CONTRERAS, F. Y OTROS (1995): Enterramientos y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1): 87-108.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2000): Arqueología comercial y estructura de clase. *Gestión patrimonial y desarrollo social* (M.M. Bóveda López, coord.), USC, Santiago de Compostela: 7-18.
- DOBRES, M.A.; ROBB, J.E. (eds.) (2000): *Agency in Archaeology*. Routledge, Londres.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (1999): *Marx (sin ismos)*. El Viejo Topo, Barcelona.
- FOUCAULT, M. (1990): *La arqueología del saber*. Siglo XXI, México.
- FOUCAULT, M. (2000): *Historia de la locura en la Época Clásica*, vol. 1. Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- FREIRE, P. (2002): *La educación como práctica de libertad*. Siglo XXI, Madrid.
- FRIEDMAN, J. (1974): Marxism, structuralism and vulgar materialism. *Man*, 9 (3): 444-69.
- GALCERÁN HUGUET, M. (1997): *La invención del marxismo. Estudio sobre la formación del marxismo en la socialdemocracia alemana de finales del siglo XIX*. Iepala, Madrid.
- GIDDENS, A. (1990): El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura. *La teoría social, hoy* (A. Giddens, J. Turner y otros), Alianza Editorial, Madrid: 254-289.
- GILMAN, A. (1976): Bronze Age dynamics in Southeast Spain. *Dialectical Anthropology*, I: 307-319.
- GILMAN, A. (1981): The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology*, 22 (1): 1-23.
- GILMAN, A. (1984): Explaining The Upper Palaeolithic Revolution. *Marxist perspectives in archaeology* (M. Spriggs, ed.), C.U.P., Cambridge: 115-126.
- GILMAN, A. (1987): El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 27-34.
- GILMAN, A. (1989): Marxism in American Archaeology. *Archaeological Thought in America* (C.C. Lamberg-Karlovsky, ed.), CUP, Cambridge, MA: 63-73.
- GILMAN, A. (1991): Condiciones sociales bajo las cuales el cambio tecnológico es la causa inmediata de la evolución cultural. *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la comarca noroeste de Murcia*, volumen 1 (P. López García, ed.), CSIC, Madrid: 17-22.
- GLEDHILL, J.; ROWLANDS, M.J. (1982): Materialism and socio-economic process in multi-linear evolution. *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society* (C. Renfrew y S. Shennan, eds.), CUP, Cambridge: 144-9.
- HERNANDO GONZALO, A. (1999): Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socioeconómica en los grupos humanos. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): 19-35.
- HERNANDO GONZALO, A. (2002): *Arqueología de la identidad*. Akal, Madrid.
- HERNANDO GONZALO, A. (2003): Poder, individualidad e identidad de género femenina. *¿Desean las mujeres el poder? Cinco reflexiones en torno a un deseo conflictivo* (A. Hernando, ed.), Ed. Minerva, Madrid: 71-136.
- KOHL, PH. (1981): Materialist approaches in prehistory. *Annual Review of Anthropology*, 10: 89-118.
- KOHL, PH. (1984): Force, history and the evolutionist paradigm. *Marxist Perspectives in Archaeology* (M. Spriggs, ed.), CUP, Cambridge: 127-134.
- LULL, V. (1988): Hacia una teoría de la representación en arqueología. *Revista de Occidente*, 81: 62-76.
- LULL, V. (1991): La prehistoria de la teoría arqueológica en el Estado español. *Arqueología* (A. Vila, coord.), CSIC, Madrid: 231-50.
- LULL, V. (2000): Death and society: a Marxist approach. *Antiquity*, 74: 576-80.
- LULL, V.; ESTÉVEZ, J. (1986): Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Dirección General de Bellas Artes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía: 441-452.
- LUMBRERAS, L.G. (1984): *La arqueología como ciencia social*. Casa de las Américas, La Habana: 7-185, 251-93.

- MARX, K. (1965): *Pre-capitalist economic formations*. Editado por E.J. Hobsbawm y traducido por J. Cohen. International Publishers, Nueva York. Hay traducción al castellano: *Formas que preceden a la producción capitalista*. Ediciones Pasado y Presente, Córdoba (México), 1976.
- MARX, K. (1987 [1847]): *Miseria de la Filosofía*. Siglo XXI, Madrid.
- MARX, K. (1999 [1867]): *El capital. Crítica de la economía política*. Libro I. Traducción de W. Roces. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- MARX, K. (2001 [1939-41]): *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. 1857-1858. Volumen I. Traducción de P. Scarón. Siglo XXI, México, D.F.
- MCGUIRE, R.H. (1992): *A Marxist archaeology*. Academic Press, San Diego.
- MONTANÉ, J. (1980): *Marxismo y arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- NOCETE, F. (2001): *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Bellaterra, Barcelona.
- PATTERSON, T.C. (1986): The last sixty years: toward a social history of Americanist archeology in the United States. *American Anthropologist*, 88 (1): 7-26.
- PATTERSON, T.C. (1999): The political economy of archaeology in the United States. *Annual Review of Anthropology*, 28: 155-74.
- PATTERSON, T.C. (2003): *Marx's Gohst. Conversations with Archaeologists*. Berg, Oxford y Nueva York.
- POSTONE, M. (2003): *Time, labor, and social domination. A reinterpretation of Marx's critical theory*. CUP, Cambridge.
- PROUDHON, P.J. (1970 [1840]): *¿Qué es la propiedad? Investigaciones sobre el principio del derecho y del gobierno*. Proyección, Buenos Aires.
- PROUDHON, P.J. (1975 [1846]): *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, vol. 1. Júcar, Madrid: 35-266.
- ROWLANDS, M.J. (1982): Processual Archaeology as Historical Social Science. *Theory and Explanation in Archaeology. The Southampton Conference* (C. Renfrew, M. Rowlands y B. S. Segraves, eds.), Academic Press, Nueva York: 155-174.
- RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993): *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Crítica, Barcelona.
- SHANKS, M.; TILLEY, CH. (1987): *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.
- VICENT, J.M. (1991): Arqueología y filosofía: la Teoría Crítica. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.
- VICENT, J.M. (1998): La prehistoria del modo tributario de producción. *Hispania*, LVIII-3 (200): 823-39.